

<b>EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968</b>	
_____ ▶ Fernando M. Menéndez Garza	3
<b>CARTOGRAFÍA DEL POLVO</b>	
_____ ▶ Carlos Nohpal	5
<b>EL CHAQUETERO DE INSURGENTES</b>	
_____ ▶ Adriana García Torres	13
<b>TRES POEMAS</b>	
_____ ▶ Roberto Fernández Iglesias	14
<b>ASTILLAS DE SOMBRA</b>	
_____ ▶ Jesús Heredia Caamaño	17
<b>ENCIERROS</b>	
_____ ▶ Olimpia García Aguilar	18
<b>EL INCENDIO</b>	
_____ ▶ Adriana Ortega Ortiz	22
<b>PERROS CALIENTES</b>	
_____ ▶ Aquiles Negrete Yankelevich	23
<b>ALTAVOZ</b>	
Encuesta _____ ▶	28
<b>TESOROS TRISTES (CESAR VALLEJO)</b>	
_____ ▶ Liliana Weinberg	32
<b>NOCHE DE FRAMBUESA EN NUEVA YORK</b>	
_____ ▶ Ana Martha Escobedo Hernández	33
<b>AVES SIN NIDO</b>	
_____ ▶ Gustavo Suárez	44
<b>UNA ÚLTIMA COMODIDAD</b>	
_____ ▶ Sergio Aguilar Méndez	53
<b>BRÚJULA</b>	
Libros, Convocatorias, Teatro y más... _____ ▶	58

## Presentación

**D**espués de 30 años, el 68. Un año que recuerda así Margo Glantz, fundadora de nuestra revista: "La mayor parte de los estudiantes que colaboraban conmigo en Punto de partida estaban afiliados al movimiento; algunos estuvieron en la cárcel, y desde allí enviaban sus colaboraciones; otros tuvieron que exiliarse en otros países. Es muy significativo que nos haya tocado vivir así el movimiento del 68".

Los estudiantes del 68 nos dejaron un ejemplo de valor e ideales. La represión profundizó sus huellas, en lugar de borrarlas. Hicieron revoluciones no sólo en la política, sino en las mentalidades, la sociedad, la música y el amor. Combatieron los dogmas, renovaron las costumbres. Conquistaron muchas libertades que ahora disfrutamos.

Punto de partida nació y existe, desde nuestra Universidad, con esta herencia de libertades

**Punto** de partida

La revista de los  
estudiantes universitarios  
**Nueva época** Revista bimestral  
No. 109 septiembre-octubre 1998



Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinador de Difusión Cultural:

José de Santiago

Director de Literatura:

Ignacio Solares

**Punto de partida**

Director: Morelos Torres

Jefe de redacción: Andrés Acosta

Concepto Creativo:

DISEM, S. A. de C. V.

Preprensa:

Cromagraphics S.A. de C.V.

Dirección de Literatura

Coordinación de Difusión Cultural, UNAM

Correspondencia, colaboraciones:

Edificio C tercer piso, Zona Administrativa

Exterior, Ciudad Universitaria

CP 04510 México D. F.

Tel. 622-6201 622-6245

E-mail: [morelos@servidor.unam.mx](mailto:morelos@servidor.unam.mx)

Portada: Carlos A Tejeda, Pedro

Arciniega y Rosalie D. Gagné

Impreso en México

Impreso en los talleres de Lithoimpresora Portales, S.A. de C.V. Canarias 103, México D.F., 03300. Publicación bimestral. Tiraje: 4000 ejemplares ISSN: 0188-381X Certificado de licitud de título 5851 Certificado de licitud de contenido 4524. Distribuidora: Casa Autrey S.A. de C.V., División Publicaciones Av. Taxqueña 1798 México D.F. 04250.

# El movimiento estudiantil de 1968

Fernando M. Menéndez Garza

Ciencias Políticas

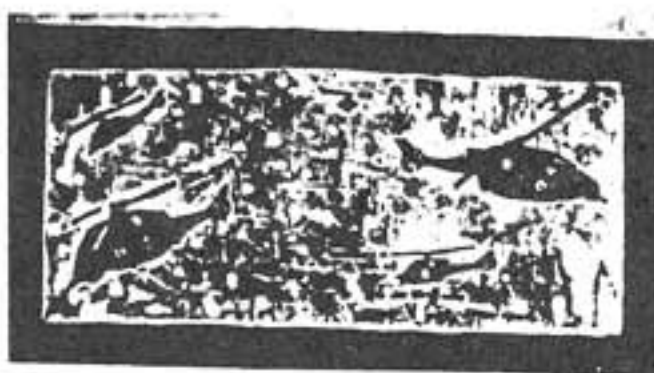


El 26 de julio de 1968 dos manifestaciones con distintos fines —la celebración del aniversario de la Revolución Cubana y una protesta contra la agresión y violación de los recintos universitarios— se unieron en forma ordenada para marchar hacia el Zócalo y presentar su denuncia frente al Palacio Nacional; cuando ya se acercaban, les salió al frente una compañía de granaderos y sin mediar un aviso fueron agredidos en tal forma que fue necesario transportar a los heridos a los puestos de socorro más cercanos. 1

El 27 de agosto de este mismo año, se reúnen en el Zócalo no menos de cuatrocientas mil personas para protestar, por la actitud asumida en el gobierno de

la República, de no atender las demandas planteadas por el estudiantado. En el Zócalo quedaron cientos de estudiantes en guardia permanente a esperar por el diálogo que solu-

cione los problemas que han surgido; a la una de la mañana el “diálogo” llegó: un batallón de paracaidistas; los batallones 43 y 44 de infantería; doce carros blindados de guardias presidenciales; cuatro carros de bomberos; doscientas patrullas azules y cuatro batallones de tránsito. La represión fue brutal: 2 muertos y 137 heridos. 2





El movimiento continuó a pesar de las continuas detenciones y "desapariciones" de los que empezaban a destacar como probables líderes del mismo. Un mitin más se celebraba, una estudiante hablaba ante aproximadamente cinco mil personas, todo parecía normal, pero re-

pentinamente todo cambió; a la luz de tres bengalas verdes, salidas de un helicóptero del ejército, éste, al igual que los cientos de policías que rodeaban el lugar, empezaron a disparar, a mansalva, contra la multitud inerme. Hora: las 18:10; lugar, Plaza de las Tres Culturas en Santiago Tlatelolco; fecha, 2 de octubre de 1968...

El movimiento estudiantil-popular de 1968 tiene, sin lugar a dudas, un carácter netamente democrático "...que pretende

el cumplimiento de la Constitución y, en consecuencia, el respeto a las garantías individuales y colectivas, el derecho de libre asociación y la expresión del pensamiento; el derecho de manifestación y protesta; la derogación de algunos artículos del Código Civil que desvirtúan y atentan contra el propio espíritu de la Constitución; así como la libertad de los presos políticos".<sup>3</sup> Es sin duda, un movimiento en el que se sintetizan un conjunto de reivindicaciones progresistas y

democráticas amparadas en los preceptos constitucionales.

No se trata de una "subversión dirigida desde el extranjero", agitación para derrocar al gobierno, o todos los atributos que la propaganda de nuestra "heroica" prensa nacional publicó durante su duración; es en realidad, el principio del despertar hacia sus derechos del pueblo de México encarnado en el estudiantado mexicano...

El movimiento no ha terminado, está comenzando, en 1968 el estudiantado parió, con el dolor de Tlatelolco, el nacimiento de un ser vivo y palpable: la conciencia de la dignidad del ser humano en México.

#### Fragmentos tomados

de "El movimiento estudiantil de 1968" de Fernando M. Menéndez Garza, estudiante de Ciencias Políticas. Este artículo apareció en PUNTO DE PARTIDA número 22, noviembre-diciembre de 1970. En esa época Eugenia Revueltas era directora de la revista



1 El Día, 28 de julio de 1968.

2 El Día, Diario de la tarde, Excélsior, 28 de agosto de 1968.

3 Ramírez, Ramón. El movimiento estudiantil de México, 1968, Tomo I, p. 23.







callados soles apagados  
     cansados mares      lentos huracanes  
         fríos volcanes extinguidos  
 lava transparente transitable  
     táctil      fácilmente táctil  
 falsamente dócil  
     falsamente      falsa  
  
 olor callado de ceniza  
     verde inconexa armonía azul  
 amarillo frío      rojo sangre  
                     rojos labios      rojo frío  
     frío      frío  
  
                     entre la risa:  
                     la escarcha      el organillo  
  
 un silencioso andar  
                     carretas tiradas por cangrejos  
 un obscuro previo de mirada  
                     lacrimal cansado de concreto  
 una cámara hecha de palabras  
                                     para descender armado en el infierno  
 una grisura pura de condición triste  
                     desazón ante la luz  
 un ocre memorial  
     sin color      sin contraste  
 un testimonio rojo en la segunda de forros  
                     de una revista de sociales      de modas  
 de ciegas vanidades  
     adictas necedades      fatuos juegos verbales  
                     artificios de una lengua solitaria en medio de la noche  
 obscuridad transformada en nido genital  
 lecho de la libido  
*nievelumbre* que acaricia la piel  
                     mientras la abrasa  
  
 risa escarcha      organillo  
     vientre      olfato del placer  
 rojo tacto      amarillo

sudor cansancio blanco

vista fría

verde sexo

translúcido

tranquilo

amarillo transparente

remanso fluvial

retorno hacia el olvido

transitado camino

vuelto surco

cauce

grieta

ésta es la zona sin luz

aquel el infinito

aquí termina el quirófano

y comienza

transparente

el salón de la nostalgia.

## II. Anatomía de barro

### *Subway I*

*A Sir Arthur Evans*

*y su sueño interminable del palacio de Knosos*

#### I

Entre largos trenes líquidos

vacías estalactitas de madera

relicarios de escalones

un Minotauro jorobado deambula solitario los pasillos

viaja retraído todos los vagones

aborda todas las palabras corriendo hacia el silencio

lleva en los bolsillos la misma tranquilizante calma de su rostro

la misma abatida expresión de su osamenta

más o menos distraída

más o menos triste

más o menos viva

se le ha escurrido el hilo de Ariadna de las manos

se le ha escapado la sonrisa entre los cuernos

se le ha enredado la libertad entre las barbas

*laberinto*

*palacio subterráneo*





no hay nada que lo libre de su asfixia

*subterráneo*

*río de trenes*

camina lento  
muy tímidamente buscando su salida  
arrastra su joroba  
su barba asustadiza  
sus nervios su miopía

de las paredes surge el eco  
el recuerdo  
un alud de voces  
y una brisa marina cenicienta

un rastro de carteles lo persigue  
un estallido fotográfico le arrulla  
*una fotografía de mujer llora dulce un canto de las sirenas...*



▷ 9

II

Ayer

el viento  
paseó durante horas por Reforma  
dando vueltas tropezando  
a la altura de Sevilla  
una estatua le pidió al oído le cantara

nadie la vio cuando bajó los brazos  
 ni la oyeron entrar al subterráneo  
 la vieron desnuda caminar por los pasillos  
 hasta hallar al Minotauro

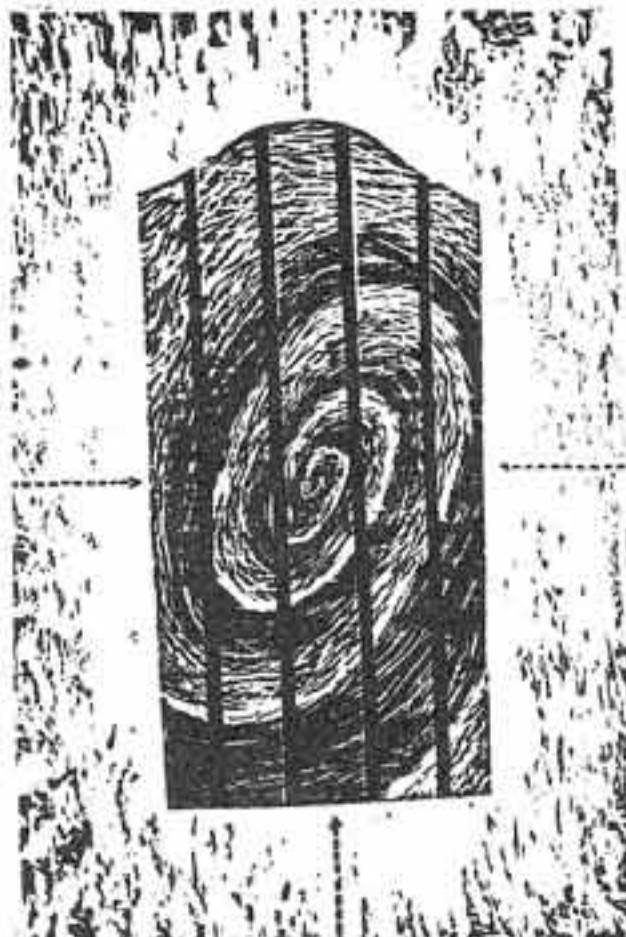
—Soñé contigo                    tengo miedo  
     estoy triste                    abrázame—  
 le dijo mientras peinaba sus arrugas  
 y un alud de abecedarios se precipitaba  
*voz alucinada                    grito de letras*  
 palabra a palabra en silencio sobre ellos

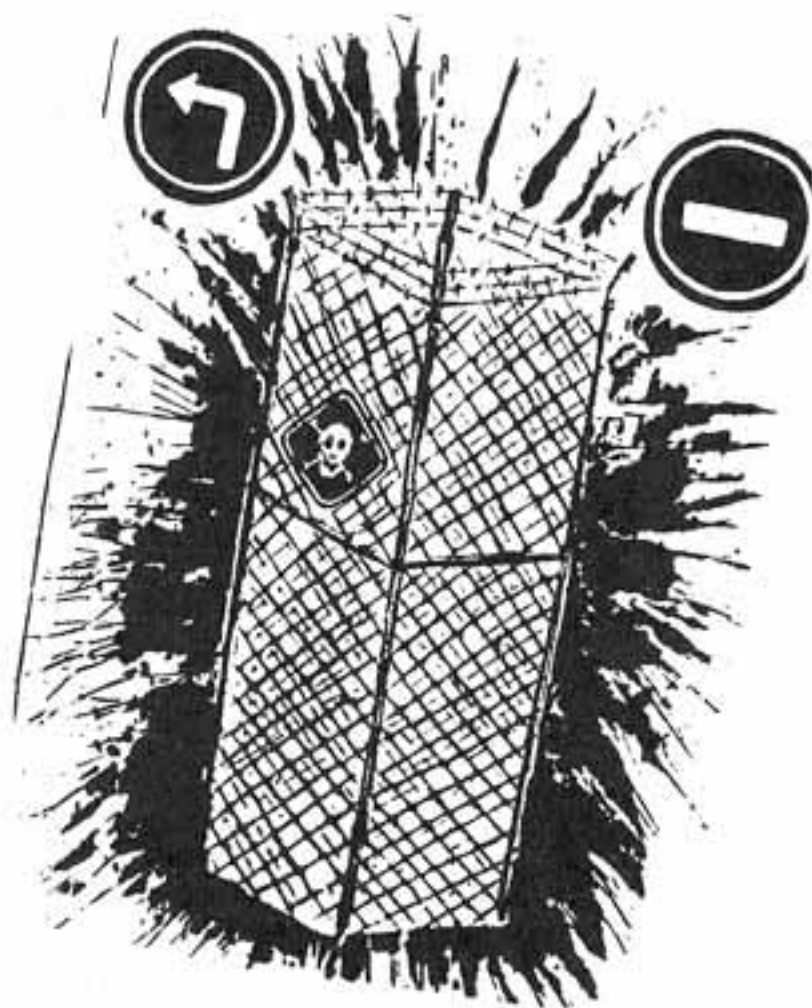
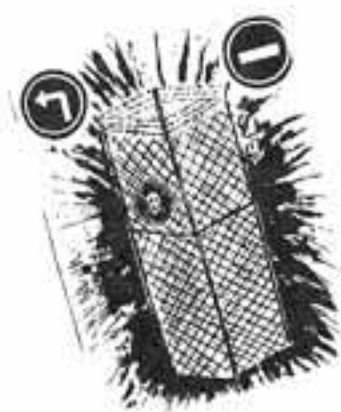
él solo levanta la vista  
 tiemblan sus gafas una ausencia de frío  
 un muñón extrañado busca su caricia  
 entonces                    lentamente entonces  
 su misma risa  
     le sonrío

Ayer  
 al barrer la calle  
 un hombre encontró un arco abandonado  
 hallaron borracho al viento dormido en la calzada  
 los diarios publicaron una fotografía del otoño  
     caminando por la calle desvelado

se le ven sus pies besando la hojarasca torpemente  
 lleva un traje pardo de polvo amarillento

nadie ve en el fondo a la Diana llorar  
 envuelta en un eco lejano de sirenas...





## Subway II

Orquídea y fotografía subterránea

I

Entonces existía un monstruo  
subterráneo  
una señal aterradora  
una puerta automática devorando humanos  
y un grifo infantil buscando asilo

Entonces caminaban automáticas  
doscientas escaleras  
y había un niño jugando a viajar  
por todos lados  
sin moverse de su sitio  
las niñas bailaban abrazadas a las piernas de sus padres  
y nadie nadie asomaba sus manos por la ventanilla  
ni sacaba la cabeza

Entonces tres lentos gusanos  
construían sus cavernas en la entraña de este lago  
tejían oscuros laberintos bajo las pisadas  
viajaban sin escalas de norte a sur  
y del amanecer hacia el ocaso buscando continente  
navíos eléctricos perdidos en medio de tormentas  
sin velas timón brújula ni remos  
balsas salvavidas en la alta mar terrestre de las calles

Entonces repentinamente entonces  
surgió una infinita tristeza  
una soledad abrumadora  
una ceguera compartida

y cientos de hombres disfrazados de niños mendigaron  
y cientos de acordeones trompetas guitarras fueron mutilados  
para causar más pena y menos lástima  
    más dolor y menos hambre  
    más ciega sordera y menos caridad

*Una adolescente camina de frente a los andenes  
sin mirar nada en casi nadie  
lleva su andar un ansia cobijada  
    un vestido dócil  
    su lengua con el miedo adormilado*

*y una suave espalda de alas cercenadas*

*un canto de sirena gritan los durmientes y las vías  
por la boca del túnel el metro se acerca presuroso      rápido  
súbitamente un paso      un golpe      una mirada inundada de preguntas  
    luego      nada*

*...entonces me duelen las palabras.*

Entonces repentinamente entonces  
    se aproxima una mujer a la salida  
lleva en su brazos un diminuto féretro  
    para una muerte niña  
blanca la mirada el dolor y su silencio  
blancas las lágrimas  
grises los lamentos susurrados  
entonces había un monstruo subterráneo  
    un grito infantil  
y una ciudad inmensa esperando dormida al final de la escalera

## II

Hay gentes que pierden todo  
    incluyendo la sustancia  
niños con la piel de lluvia  
viejos que fingen dormir en los vagones  
hombres sin rostro medio nombre  
    derrota como sombra  
idénticos  
    al túnel que se acerca  
que recorren desnudos  
    las venas de la noche  
que siempre están un poco deprimidos  
que son eternamente adolescentes  
    o carniceros  
    o ambas cosas ☉



# El chaquetero de Insurgentes



Adriana García Torres

En este cuento breve, un personaje insólito revienta la monotonía de la vida cotidiana

Escuela Nacional de Artes Plásticas

Subo al metro como a eso de las 3:45 pm, siempre en la misma estación: la Merced, y en el vagón de atrás sube un hombre joven. A la primera impresión notas que no es feo, sino más bien tirándole a galán del cine nacional, pero si observas sus pequeños ojos puedes darte cuenta de que no es un tipo cualquiera. Cuando toda la gente se aglutina a su alrededor, él mete la mano izquierda en el bolsillo de su pantalón y algo comienza a despertar dentro, algo que se hincha a la altura de la bragueta.

Los pasajeros, distraídos, no se dan cuenta de que están siendo utilizados. Esta vez yo quiero participar y me acerco a él, cuando su brazo se mueve rápidamente dentro de la bolsa.

Le arrimo mi cuerpo, pongo mi brazo junto al suyo; los vagones sufren un fuerte jalón y quedamos a oscuras en medio del túnel que va al metro Insurgentes; la gente, histérica, empieza a empujarse, una voz gangosa sale de la bocina, explicando que no hay peligro, que fue una simple falla.

Siento el subir y bajar de su brazo contra el mío, con dificultad introduzco mi mano, alcanzo a tocar un miembro erecto y pegajoso. Él rápidamente saca su mano y me da un puñetazo en la cara; en ese momento nace la luz.

La gente, confundida, nos abre paso, él se aferra a mi cabellera y trata de azotarme contra el piso. Yo, sin saber qué hacer, grito; él, enfurecido también grita ¡Maldita vieja, por qué tenías que meter tu asquerosa mano!

Algunas señoras tratan de ayudarme, sin embargo, gozo del dolor que me producen los golpes. El convoy comienza a caminar; nos separan, pero trato de acercarme a él para que me pegue más. Cuando llegamos a la estación, salgo empujada por los demás pasajeros.

Ahora busco en cada estación y a cualquier hora a ese hombre joven ☺

► 13







# Tres poemas

Roberto Fernández Iglesias

Facultas de Ciencias Políticas y Sociales

Poesía seleccionada en el Primer Encuentro Universitario de las  
Humanidades y las Artes. Sobre la tierna belleza

1

*"Antirrefrán: Las comparaciones  
son ociosas, y la niña morena y ágil".*

Fernando Arrabal

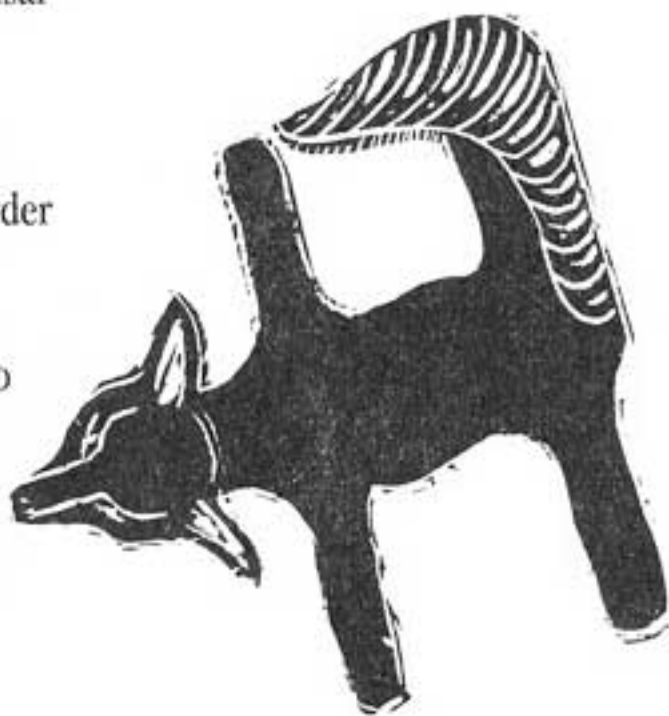
A qué comparas  
niña morena y ágil  
la gimnasia sin rito  
y las flexibles proezas juveniles

Son ociosas niña  
esas comparaciones  
igual a la de carnes feroces  
frente a tiernas limitaciones

No hay gimnasia válida  
no existe agilidad capaz

Vale más cuidado respeto ternura  
en frecuentes lecciones  
repetidas hasta cansar

Por mí compara  
niña morena y ágil  
no me importa perder  
las justas atléticas  
con tal de edificar  
amor sueño infinito





2

*"Arrabalesco: Niña morena y ágil a boca jarro de buen cubero".*

Fernando Arrabal

Era la visión cotidiana  
y la distancia laboral  
Niña morena ágil  
para el buen cubero  
La distancia insalvable

Al tiempo  
niña morena y ágil  
das a boca jarro  
de buen cubero  
para descubrir mundos  
dentro de ti  
sin la falsa magia  
de tu agilidad de niña morena

► 15





3

Ni tan niña  
ni tan morena  
pero sí muy ágil  
comparada  
con el viejo objeto  
casi inmóvil

Una bailarina baila  
alrededor y sobre la roca  
Así me hace ella  
Sólo tiene un eje de carne  
para impedir su vuelo  
Gira se agita y retuerce  
Estira su cuerpo  
Encoge brazos y piernas  
Cabeza y pelos son resplandores  
Música de respiraciones  
frases cortadas  
gemidos  
gruñidos estertores inspiraciones  
la roca tiembla  
la no tan niña

ni tan morena  
precipita sus movimientos  
quiere desprenderse del eje  
quiere sacarlo de la roca  
gruñe y brama  
braman y gruñen  
entre temblores  
y un final suspiro  
La bailarina deposita su cuerpo  
sobre la roca  
El eje pierde su fuerza  
La música es de respiraciones  
cada vez más tranquilas  
Los ojos ya ven  
los oídos oyen

Ni tan niña  
ni tan morena  
y ahora ya no tan ágil  
descansa sobre la roca  
ay la roca sueña  
en el próximo baile ●



# Astillas de sombra

Jesús Heredia Caamaño

Facultad de Filosofía y Letras

Invitación al miedo de la vida cotidiana en las calles de la gran ciudad

**A**puró el paso y yo también. Atrás quedaron las esquinas solitarias y colgando del único poste, un foco incapaz de iluminar la calle recta que parecía perderse en la noche.

Él iba adelante, trataba de disimular sus nervios, metiendo las manos en las bolsas del pantalón. El golpeteo de sus suelas contra la banqueta me hizo pensar en unos zapatos negros bien lustrados.

Di vuelta en esa calle movido por el impulso de sus primeros pasos largos. No sabía de qué huíamos, voltear significaba enfrentarse a un inevitable desenlace y mientras menos tiempo perdiera, tenía más esperanzas de alcanzar el otro extremo de la calle.

A medida que avanzamos iba sintiendo una especie de afecto hacia aquel extraño. Quizá la última esperanza de los amigos en la desgracia, después de todo escapábamos de lo mismo y llegado el momento, tendríamos que pelear juntos.

Por mis venas corría el temor del único pasajero en la última combi; no me acerqué mucho porque en cualquier momento un desconocido puede convertirse en asaltante, violador o asesino. Lo seguí a una distancia prudente, tratando de reconocer la calle. Nunca había pasado por ahí, supongo que era una de esas calles que se evitan porque aún durante el día son muy oscuras. Lo último que vi fue-

ron unos carteles pegados sobre bardas anunciando lucha libre.

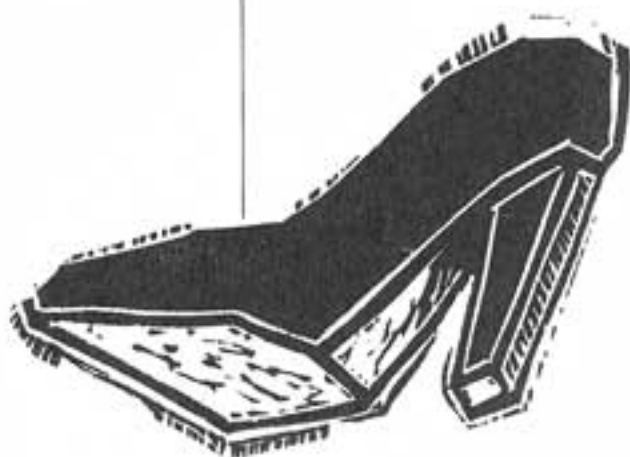
Parecía una calle de fábricas abandonadas o en construcción. Al pasar junto a un montón de escombros levanté una piedra, quise meterla en la bolsa de mi chamarra pero no cupo.

Cada vez estaba más adentro de esa calle y no pasaba nada; el otro aumentó la velocidad guardando la compostura, no quería llegar al extremo de correr por temor al ridículo. Me acordé de una mujer con zapatos de tacón que se cayó en las escaleras del metro, tardó más tiempo en caer que en levantarse, sin importarle alguna fractura en los tobillos. Me apuré también, cuidando que mis pasos no desembocaran en una carrera incontrolable.

Íbamos como a la mitad cuando él empezó a correr, quizá motivado por las luces de un carro que sugería el final de la calle en una avenida transitada. No me quedó otra que mirar hacia atrás, primero con la orillita del ojo, después con toda la cabeza. La calle seguía igual de sola que al principio. Traté de darle alcance, ya lo tenía como a unos diez pasos, apreté la piedra y la lancé con el impulso de la carrera hacia donde calculé la cabeza. Sentí en mi mano la certeza de haber dado en el blanco, escuché dentro de mis oídos el sonido de una manzana partida con los dedos. Después seguí corriendo con todas mis fuerzas, pero en sentido contrario ●







# Encierros

Olimpia García Aguilar

Facultad de Filosofía y Letras

**La leyenda del minotauro, los frágiles jóvenes,  
la antigua Creta asoma en este relato de monstruos  
y sacrificios**

La adolescente. Tendrá trece o catorce años. Es esbelta, muy blanca y hoy se ha peinado con especial cuidado para que las acrobacias no rompan ese cuadro de belleza. Lo mira de frente, lo desafía.

Mientras prepara su voltereta, las damas del estrado platican y lucen las abollonadas mangas y el ajustado corpiño azul, rojo, amarillo. Hablan de la moda y del musculoso cuerpo de la joven.

El sonido de los tambores silencia a la tribuna. Permanecemos callados y no se escuchan más que los pasos apresurados de la doncella que corre a enfrentarse con la bestia. El animal reacciona, golpea su cox contra la tierra y se lanza rabioso contra la niña quien, tras empuñar las astas, salta haciendo una pirueta sobre el lomo del toro.

Es tarde. El sol está de nuevo en el horizonte y el aullido de la bestia cimbra las paredes del palacio. Caminamos hasta llegar a la puerta de madera del salón del

Trono. Los leones con cabeza de águila nos reciben. Los hombres vuelven a jugar con las piezas que dejaron inmóviles en el tablero, las mujeres caminamos hacia las amplias habitaciones donde tejemos lana hasta que la luz de las velas nos manda a descansar.

He vivido más de veinte años en este lugar de movimiento, porosa esponja de intrincados túneles, en este enorme caracol nacarado que se expande conforme pasan los años. Tenemos, para ello, al mejor arquitecto que trabaja cada día levantando las nuevas habitaciones, espaciosos pasillos, corredores que llevan a un





mismo patio. Ésta es la consigna de mi rey: confundir, complicar, enredar. Lo hemos platicado, y no encontramos más salida que el encierro.

Habrán mujeres que ansíen levantar peinados y joyas sobre sus cabezas y deseen lucir los pezones que exhibo. Envidiarán a mis hijas, a mi rey y a mis doncellas, codiciarán mis perfumes y mis telas y desearán pasar conmigo los ratos de esparcimiento. Pero sé que cualquiera aborrecerá haber vivido la expulsión de la sangre y la placenta que envolvieron al monstruo por más de diez meses.

Nació deforme, jorobado, escuiriéndose entre mis piernas. Lo parí sola, aullando de dolor, con la vista fija sobre el mural de los delfines que decora mi aposento. Grité al ver la pezuña que salía de mi sexo y pronto asomó él, que con rotundo mugido me dio respuesta. Y la horrenda visión hizo correr a las parteras y a la abuela de mis hijos dejándome sola, sin alguien que jalara esas pezuñas, esa cabeza abultada, sin que nadie me hiciera el favor de matar a la criatura o ahorcarme con el cordel que amarra mis cabellos.

No me he repuesto desde aquel día y los días posteriores en que mi rey mandó circundar el palacio y

Éste es el universo desde  
el cual se gobierna.

Sin contacto con la gente,  
somos una isla dentro  
de la isla

extenderlo hasta formar este enmarañado laberinto por el que deambula la bestia.

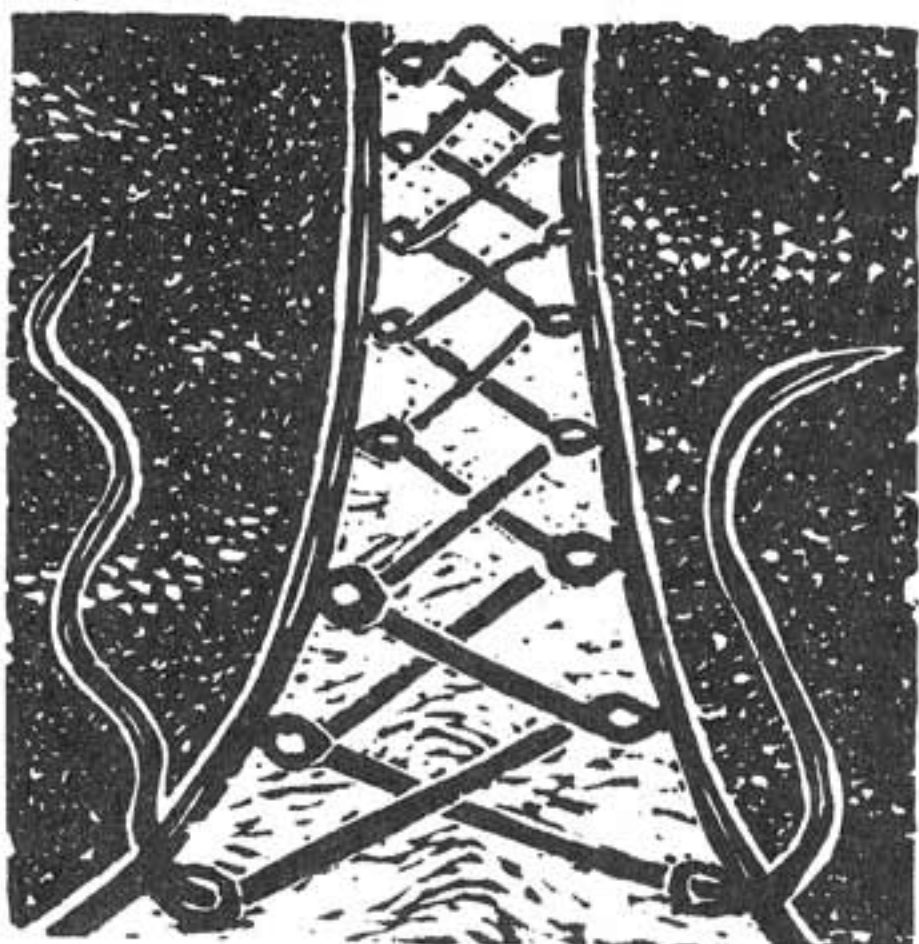
Niego haber sido infiel. Lo he negado mil veces. He seguido a un paso de distancia al rey suplicándole perdón, exigiéndole que vuelva a mi habitación, que entregue su semen en mis entrañas, que le dé una caricia a la mujer que, más joven, parió hijos sanos y robustos. Y me responde con una jarra de vino en la garganta que hay que esconderlo, que no puede precipitar la muerte sobre él porque es mi hijo, el hijo de la reina.

En los salones la corte pasa el tiempo en juegos, charlas y bailes. Nadie puede salir. Éste es el universo desde el cual se gobierna. Sin contacto con la gente, somos una isla dentro de la isla, somos una corte encerrada para que no escape la bestia ni sepa

el pueblo que ahora la reina no sabe parir príncipes.

Las tardes de baile serenán el ánimo del rey. Trece faldas de volantes dejan escuchar su seductor susurro mezclado con el murmullo de la charla y la música. Las que fueron mis doncellas son las mejores bailarinas, sobresalientes narradoras, hábiles





tejedoras y cumplidas amantes de mi marido.

Todavía me pregunto cómo caben los celos teniendo la preocupación de encontrar un día, entre los extraños pasillos y las habitaciones sin nombre, la cabeza del jorobado buscando su alimento, llamándome madre, bufando detrás de mi carrera. Todos lo escuchamos, sabemos que está cerca; aúlla, golpea, rasga las paredes.

Durante la noche escucho sus sollozos. No debo decir que siento miedo, pero lo siento y espero que día a día dejen de construir pisos, habitaciones, solares para que él siga su curso, hurgue, empuje puertas, pero no la mía. Que no venga, que no aparezca su deformidad tras mi biombo, que no me reconozca, que no balbucee delante de mí.

Pero a pesar del peligro no dejo de adentrarme al laberinto. Es osadía, curiosidad, co-

mo lo llamo cuando platico a mis hijas que más allá he encontrado maravillosos patios, iluminadas habitaciones, estrechos y sinuosos pasillos. Y, en ocasiones, las he sorprendido jugando a encontrar al monstruo, atando mi cordel a sus pequeñas cinturas, cuando ya están cansadas de los espectáculos, del teatro, de los bailes y los juegos de salón.

Mis hijas también están aburridas de vivir. Lo veo en sus ojos. No saben ya contemplarse en los espejos ni levantar peinados laberínticos sobre sus cabezas. Sólo piensan en escapar, en ver otras palmeras que no sean las del palacio, en conocer a hombres que no sean de esta corte.

Pero nadie imagina la forma de salir. Sólo el maestro de la obra sirve y guía a los encargados de las bodegas. Fuera de él, incluso la brújula se extraviaría. Todos los días se pierde alguno: no los vemos más en salones ni en patios y un olor putrefacto nos indica que hay nuevo alimento para el jorobado. Pero nadie habla de eso, está vedado. Prohibido mencionar el nombre de la bestia, el olor a muerte. Prohibido insinuar que el lamento





que taladra los oídos no es otro sino el de los toros que esperan que sea día el que los prisioneros realicen su acto de acrobacia. Prohibido pensar que esa deformidad que deambula por las habitaciones es el hijo de la reina y del rey.

Antes no había problemas. Salía a caminar por los corredores del patio central seguida por un pequeño séquito de doncellas y muchachos. Los artesanos decoraban murales con lirios y caracoles marinos, daban forma a las vasijas y esculpían hermosas estatuas, los niños trepaban a las palmeras y en las cocinas se preparaban aceites y vino.

En las madrugadas realizábamos rituales a la diosa de la tierra y en las noches contemplábamos las escenas que habían preparado nuestros actores para entretenernos.

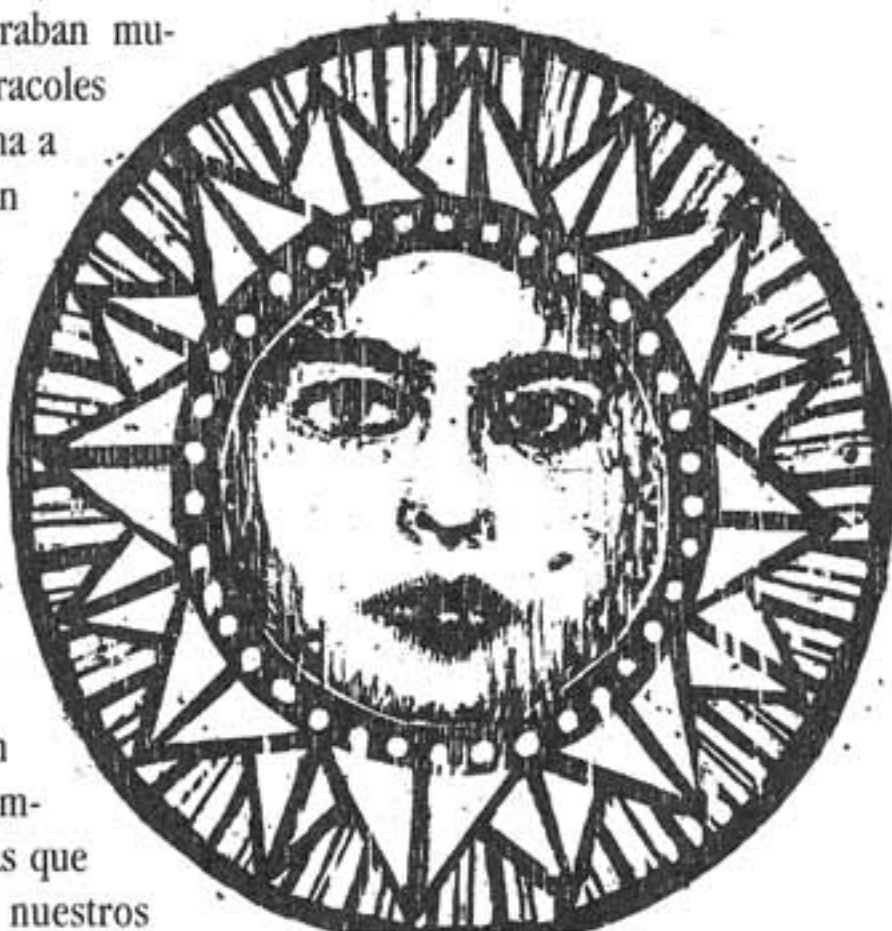
Mi rey, en altamar, luchaba por mantener la supremacía de la isla sobre los demás pueblos, y al regresar, acompañado de sus guerreros, traía esclavos, oro y provisiones.

Ahora, mientras camino por los pasillos, siento la mirada que acusa mis pasos, que vigila. El rey ha perdido la confianza en mí y la corte está harta del encierro que ha provocado mi hijo. Las paredes me escuchan, me siguen, huelen mi olor de mujer abandonada. Distingo el susurro de las mujeres que consolidan una historia de zoofilia, de incesto, de imprudencia, de asco que me hace vomitar y seguir vagando, con mi cordel y mi vela, por los pasillos deshabitados.

Y ahora hay más quehaceres que la frivolidad del espejo y los espectáculos: el desfile de la reina y sus

pocas damas fieles, sin sonrisas, que acuden por órdenes del rey a la plaza a presenciar el salto acrobático de los prisioneros sobre el lomo del toro.

La plaza está todavía vacía. Puedo caminar sobre el ruedo en el que hoy terminará la vida para algunos. Una de mis damas, cuidadosa detrás de su reina, lee la suerte en la arena que voy pisando. "Un joven moreno, el



acróbata, viene a liberar a tu hijo de la vida, a tus hijas de su doncellez y a nosotros, de este cruel aislamiento. Y es que no has buscado más salida que el encierro. Al paso del tiempo, después de la destrucción, habrá quien diga que fuimos una civilización próspera y refinada, y los trovadores hablarán de ti como la hermosa reina de Creta".

Yo soy la reina. A pesar del desprestigio, de la humillación, de la burla de la diosa madre. Soy la reina que aplaude al joven acróbata. Dueña del laberinto, de las llamas, del humo, de la confusión. La poseedora del cordel y conocedora del caracol. La dueña de lo que ven los ojos de la isla, la dueña del murmullo y del quejido, del ronco lamento de la bestia moribunda.

# El incendio

Adriana Ortega Ortiz

*Facultad de Filosofía y Letras*

Poema seleccionado en el Primer Encuentro  
Universitario de las Humanidades y las Artes. El  
itinerario sangriento de la leyenda

Los sodomitas callan  
porque el viento se lleva los sonidos.

Olvidaron toda plegaria,  
pero hace siglos celebran a un dios: un cuerpo,  
la frontera derruida.

Sólo conocían una palabra: su nombre,  
y la pronunciaban setenta veces ante el espejo  
para convencerse de que eran uno y así fue.

Nacen con un aliento dulce en las espaldas.  
Hablan, balbucean,  
y la sangre ritual que se desprende,  
los hace viejos cristos.

Y todos llevan cruces  
pero no lloran.  
El viento se come todo llanto, quién oiría.

Están solos no tanto;  
finalmente poseen un dios que tocan  
y son consubstanciales,  
gemelos idénticos.

Luego, todo está oscuro  
y no comprenden las lanzas atravesando sus costados,  
de donde brota incesantemente un nombre,  
y la sangre se hace fuego y el fuego quema.

Una nueva ciudad, un templo, una religión  
se fundan,  
y millares caminan en las ruinas de su país.

Qué importa, se hizo lo correcto.  
El ángel de la espalda sonríe y decapita.  
Todos somos felices y no oímos.

El viento se lleva también los nombres, las caricias  
y la dulce voz en las espaldas  
y el semen y el amor



# Perros calientes

Aquiles Negrete Yankelevich

Facultad de Ciencias

Las peripecias de un ciudadano en visperas de un asalto. Un cuento de la vida feroz

El autobús arriba una vez más a la terminal de autobuses de Oriente, TAPO. El doctor Fermín Gatija, que la observa aburrido desde su asiento, considera que debería llamársele GELATAPO. Imagina que con este nombre, su contenido debería ser de rompopo con incrustaciones de otras gelatinas en trozos cúbicos y transparentes. Con esta imagen, da pie a que sus pensamientos empiecen a improvisar y desmenucen así los últimos minutos de la larga y monótona espera. El camión se aproxima al andén de desembarque, el doctor continúa elaborando teorías con los derivados multicolores de la grenetina y aborda ahora el aspecto comercial de su producto imaginario. Trata de imaginar a los posibles vendedores gritando: ¡gelatines, gelatineees, hay de fresa, uva, naranja y gelatapeeeee!

Un silbido de frenos de aire anuncia la hora de dejar el autobús, finalmente concluye la tortura de las películas de acción traducidas a un es-

pañol que no se usa en ningún país de habla hispana donde: *come on Sue!* se traduce como: Vamos Sue!; *all right!* como De acuerdo! y  *fucking bastard* como Mal nacido! El doctor Gatija no acierta a decidir si lo que más le turba de aquel viaje (que ha bautizado como la licuadora de miserias) es: lo repetitivo, las pésimas películas, la obligatoriedad de ponerles atención (por el alto volumen), las malas traducciones, los niños chilleando, los adolescentes masturbándose en el pequeño y solicitado baño, el flujo de los microbios en estornudos, toses y todo tipo de reciclaje de las mucosas, o el aire acondicionado repartiendo uniformemente

las flatulencias por todo el camión. Una representación medieval del purgatorio se invoca recurrentemente en la imaginación del doctor, pues salir de aquel sarcófago sin haber pescado alguna enfermedad es acto puro de sobrevivencia del más apto.





Al estar completamente detenidos en plataforma, el conductor anuncia el éxito de la misión y los viajeros, uno a uno, agradecen al bajar los servicios del empleado. Éste murmura algo incomprensible: *psvils...* No obstante, los pasajeros siguen su curso con la tranquilidad de quien recibió la respuesta que esperaba. El doctor trota apresurado, arrastrando un poco los pies y jaloneando su pesada maleta de equipaje rumbo a la caseta de taxis controlados. Mueve animadamente sus grandes nalgas mientras lucha contra el tiempo, es claro que los juegos del intelecto han dejado su huella en la carne. Los pasillos con piso de mármol son largos y fríos, espaciadamente se advierten señales que dirigen al metro y a los taxis. Finalmente llega a la caseta de taxis, pero ésta se encuentra cerrada. Un hombre, que espera ex profeso a los desdichados que

arriban a este punto con falsas esperanzas, ofrece sus servicios como taxista al doctor:

—No, ya cerraron, cierran a las diez, si quiere yo tengo un taxi— y agrega tratando de infundir confianza —yo estoy aquí todos los días. La estación está oscura y esto hace aparecer a cualquier personaje como sospechoso, incluyendo al interlocutor del doctor, que es un hombre bajo, moreno y bigotón con verrugas anidadas en el vasto cuello.

—No, muchas gracias, responde el doctor.

—Como guste— asiente el taxista, pretendiendo desinterés como

último recurso para conseguir inspirar confianza en aquel ambiente, donde la divisa más apreciada es justamente la seguridad.

El académico ya no responde a esta insinuación y se enfila resuelto hacia el metro, pues imagina que su mejor movimiento después de lo ocurrido es jugársela en el subterráneo, donde posiblemente tenga mejores probabilidades de no ser asaltado, que a merced de un personaje surgido literalmente de la oscuridad. La puerta de salida de la estación está

próxima, de manera que el doctor apresura el paso; hay un par de personas a punto de cruzar de la estación al metro, finalmente se deciden y salen presurosos a cubrir los escasos 45 metros que separan la puerta de la terminal de los giratorios del subterráneo. Afuera hay un gran número de puestos de tacos,

dulces, tortas y fayuca. De cada uno de ellos pende un foco mortecino, que como cíclope, observa con cierta malevolencia la suerte del nuevo jugador. El profesor de estadística percibe el peligro que rodea el surcar aquella escasa cuarentena de metros, advierte la escasez de tiempo para la contemplación y, apostando a su favor, emprende la carrera. El neurótico traslado es interrumpido después de algunos pasos, cuando advierte la sombra encriptada de 3 jóvenes atentos a su movimiento, y resuelve regresar. La factibilidad de un asalto está a la vista, no hay que calcular nada. El pasillo de la estación se ha quedado



solo, incluso los taciturnos taxistas se han ido ya con su cliente o su víctima, según el caso. Hay que moverse rápido, esto no pinta bien —piensa para sí el doctor—.

Pasan algunos segundos en los que calcula la velocidad con la que podría jalar su maleta y su pesado cuerpo a través del espacio en cuestión, pero resuelve que serían más rápidos sus acechantes y desecha la opción. Desesperado, recuerda con nostalgia el esbelto cuerpo de su corta juventud, pues de adolescente pasó a gordo investigador, sin “tocar aro”.

Aquel río de tacos, cuyo margen opuesto no puede alcanzar, le recuerda a sus compatriotas tratando de cruzar el río Bravo, atisbados por los guardias fronterizos.

—Eso es, ¡necesito un Pollero!  
—colige el hombre.

Voltea hacia atrás para cerciorarse de que el vacío sigue ahí.

—¡Hey tú! —le grita a un joven que vende hotdogs; éste lo mira con precaución.

El carrito está a unos cinco metros. Insiste el doctor con voz queda, como quien imprime un sonido rasposo a su voz para infundir aire de secreto a sus gritos:

—Oiga ¿tiene salchichas con tocino? —El vendedor asiente con displicencia...

—Me da uno, por favor.

El hombre coloca una salchicha previamente cocinada sobre el comal y ésta empieza a chasquear. El ruido de cocción, se acompasa con la música estridente que proviene de las grabadoras de negro newyorkino del resto de los puestos de fritangas. Sólo los leds multicolores, todos ellos en la fase roja del medidor analógico, irrumpen la nitidez del oscuro nocturno.

—¡Joven! ¿Puedes traérmela acá?

El muchacho, que tiene una pierna en el suelo y otra sobre la llanta,



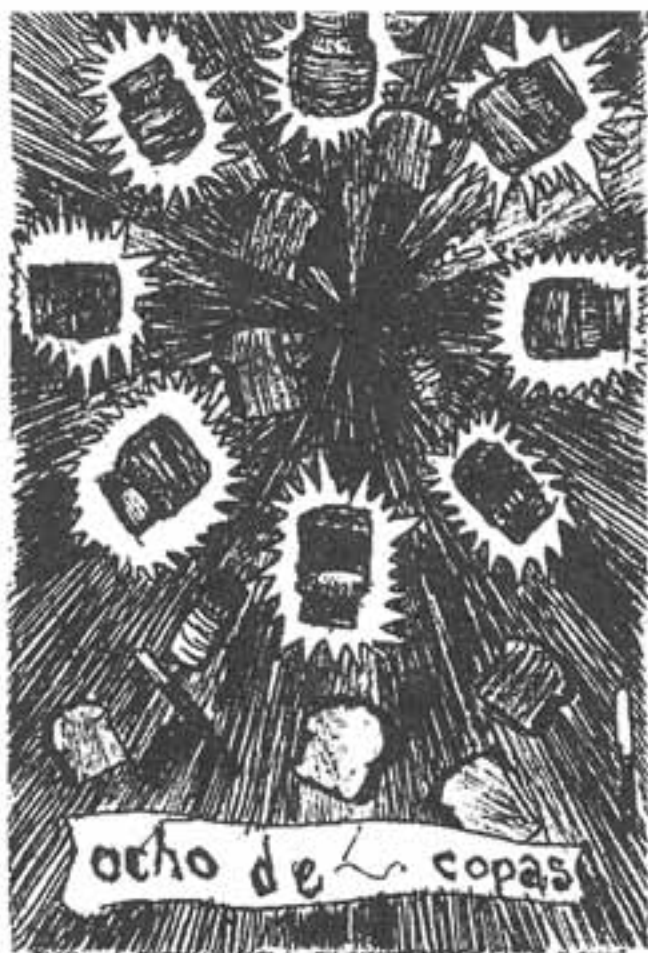
responde con un movimiento aproximativo y una mueca de disgusto. Sin embargo, es claro que comprende el porqué de la petición, pues de otra manera no hubiera accedido a mover la montaña a Mahoma. Coloca el carro horizontal a la puerta, los hombres de la penumbra siguen con atención el desarrollo de las acciones. Está lista la salchicha, su soporte y los aderezos. El doctor está un tanto estragado por la peligrosa situación y no tiene nada de apetito, así que recibe el alimento y acto continuo se lo arroja a un perro husmeón, que sigue al móvil como rémora, lamiendo del piso la estela de grasa que deja tras su movimiento. No hay luz en la puerta de la estación; el vendedor, su carro y el profesor conforman una silueta informe para quien los observa a distancia. El doctor le pregunta en voz baja al joven, que se ha colocado nuevamente en posición de despachador (con la pierna sobre la llanta):

—¡Oiga! esos...

Alcanza a decir antes de que el joven lo interrumpa con una seña di-



simulada que apunta al compartimiento inferior del carrito, la cámara donde se guardan las reservas del pan, las salchichas y las salsas. A continuación el joven indica con voz muy baja, casi para la lectura de sus labios, ¡Sólo métase! El recién arribado a la ciudad, entendido de lo que se estaba haciendo, finge retornar hacia adentro de la estación y regresa al puesto rodante a gatas para que las sombras no lo vean. Abre la portezuela de aluminio e introduce su maleta y a sí mismo a continuación. Una vez dentro, muy apretado entre las bolsas de pan y los refrescos, se acomoda con la cabeza entre las piernas y cierra la escotilla. Transcurren algunos minutos, durante los cuales el expendio rodante permanece estático, hace calor ahí adentro, algunas gotas de cebo del tocino caen desde el comal y se depositan sobre la ropa del pasajero y de vez en vez queman su piel. En cada contacto con el líquido incandescente, Gatija emite un aullido sordo, conteniendo los gritos de dolor, y comienza a sudar copiosamente. Al final, tras la prudente espera para despistar, comienza la marcha. No hay ningún orificio por el cual el transportado pueda asomarse, el ins-



tante se conforma de blandor de pan, humo de tocino, ¡ouches! reprimidos, olor a humanidad, encorvamiento y expectación. Repentinamente, el móvil se detiene y una voz pregunta:

—¿Dónde se fue el güero, pinche Cuirio?

—Se clavó de vuelta en la estación— responde el solapador.

—¡Hijo de la chingada, ya se nos peló! —comenta otra de las sombras.

Finalmente participa amenazante el tercer interlocutor.

—¡Nada más nos choreas pinche Cuirio y te vamos a abaratar!

Un puntapié acompaña aquella amenaza y sacude fuertemente el móvil, la grasa incandescente brinca y se deposita como lluvia ácida sobre los cueros del doctor, quien a través de imprecaciones sordas, contiene un alarido tan sofocado que sus ojos parecen abandonar definitivamente su rostro. El investigador de excelencia siente asfixia, ha consumido prácticamente todo el oxígeno disponible en aquella cámara oscura, su corazón imprime ritmo de *stacatto* al ahogo y un tamborileo desquiciante se apodera de sus oídos. Su instinto lo lleva a tratar de salir de aquella mazmorra, pero al intentar incorporarse, su cabeza se golpea contra la bandeja de cocción y vuelve a *achichinarse* la piel. El universitario siente un gran mareo y desvanecimiento, la conversación intimidatoria continúa en el exterior.

—A ver Cuirio, ahorita que regresemos de ponerle una calentadita al güero, quiero que nos tenga la cena lista, porque ya me caigo de hambre. El tono de orden está dado por el trato de "usted" que imprime el de la voz de pito.

El Cuirio responde dirigiéndose a quien le ordenó los hotdogs:

—Pinche Popochas, siempre te quieres pasar de lanza ¿qué no ves que no saco ni para pagar?

Los tres mangantes ríen un poco forzadamente, el Popochas con voz aguda y aguardientosa, típica de los hombres muy gordos, agrega:

—¡Usted trabaje, que para eso soy su padre! y ríen nuevamente como si fuera la puesta en escena número 100 de ese albur.

—Ya sabes, hijo de la riata, tres salchichas con har- to chile —agrega uno de los hampones del Popochas, en buena medida para rendir pleitesía a su superior y en segundo término, agrada- do por la idea de rellenar el estómago.

Los agresores desaparecen, dejando su estela de risas e improperios. Continúa el movimiento, mientras rueda lentamente la grasosa mazmorra, el Cuirio habla con voz atribulada pero clara para el pasajero:

—Ahí lo que sea su voluntad.

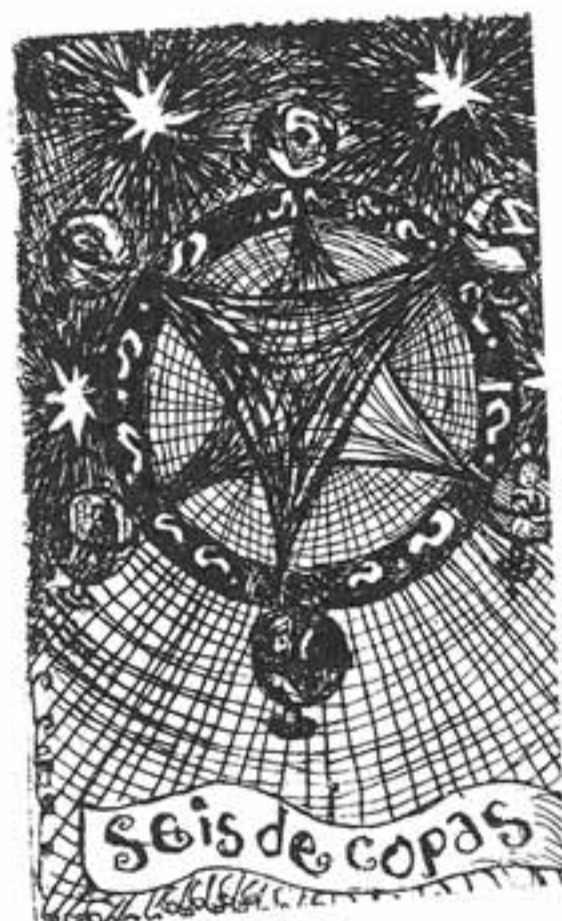


breve pero incómodo encierro. Abre ligeramente la escotilla para poder ver su cartera, calcula que el Cuirio, por su culpa, tendría que invitar tres salchichas y tal vez recibiría una golpiza si consideraban los forajidos que los había engañado. No sabía cuánto le podría haber costado la hospitalización por el navajazo en el vientre que el Popochas le hubiera propinado pero claramente imaginaba que mucho dolor y pesar. Posiblemente le debía la vida al Cuirio, así que saca un peso para pagar el metro y deposita el resto del efectivo en la bandeja del dinero oculta dentro del carro.

Una vez detenidos en la nueva plataforma, deja nuevamente a gatas el móvil, el perro rémora lo husmea y lengüetea, interesado en las gotas de grasa de su camisa. Gatea algunos metros dentro de la estación del metro, acatarrado por la actividad degustatoria del can, después con mucha dificultad se incorpora, hasta la posición más erecta que le permite adquirir su achacosa espalda, y finalmente amaga una patada para liberarse de la sanguijuela peluda. Maltrecho por el largo viaje, el traslado furtivo y la exótica vejación, se dispone, bastante exiguo de moral, a rifársela en la siguiente prueba de amor a la que la celosa ciudad lo somete antes de permitirle llegar a casa ◉

Gatija regresa en sí con la entrada de aire, al continuar la marcha del expendio. Una vez fuera de peligro, logra dominar la claustrofobia, generada por su

Gatea algunos metros dentro de la estación del metro, acatarrado por la actividad degustatoria del can, después con mucha dificultad se incorpora, hasta la posición más erecta que le permite adquirir su achacosa espalda, y finalmente amaga una patada para liberarse de la sanguijuela peluda. Maltrecho por el largo viaje, el traslado furtivo y la exótica vejación, se dispone, bastante exiguo de moral, a rifársela en la siguiente prueba de amor a la que la celosa ciudad lo somete antes de permitirle llegar a casa ◉





# Altavoz

## Encuesta

1. ¿Han asaltado recientemente a algún familiar o amigo tuyo?
2. ¿A qué factores crees que se deba el desmedido aumento de la delincuencia que estamos sufriendo?
3. ¿Crees que las medidas tomadas por las autoridades con relación a la seguridad pública han sido efectivas?
4. ¿Crees que las autoridades han fomentado la participación ciudadana en este terreno?
5. ¿Qué medidas sugieres para combatir la delincuencia?

1. No.

2. A la falta de oportunidades, de trabajos. La gente que no tiene trabajo llega a delinquir.

3. Ha habido avances. Se atrapó a Arizmendi, por ejemplo. Pero falta mucho por hacer. Pasa mucho tiempo antes de que se encarcele a los delincuentes.

4. Muy poco. Falta mayor conciencia entre los ciudadanos.

5. Un mayor número de policías. Mayor concientización a los ciudadanos para que no se queden callados y que denuncien a sus agresores.

*Alejandro Venegas*  
*Facultad de Economía*

1. Sí. A un amigo. En la empresa donde trabaja.

2. Al desempleo, y a la corrupción de muchas autoridades.

3. No. No veo ningún cambio.

4. La gente no ha hecho mucho, y tampoco sabe qué hacer.

5. Capacitar mejor a los policías. La policía está muy inmiscuida en la delincuencia. Ellos mismos asaltan.

*Rocío Rangel*  
*Facultad de Psicología*

1. Sí, a un amigo en la "combi". Le quitaron todo lo que traía de valor.

2. A la falta de empleo.

3. No. La delincuencia sigue aumentando. Además, se dan a casos en los que se tiene al delincuente cerca y los policías no hacen nada, se quedan parados. Hasta ha salido en la televisión. Y cuando los atrapan, los dejan salir con una "mordida".

4. No. Si vas en la calle y te asaltan, nadie te ayuda. Por eso ya nadie puede salir a la calle tan fácilmente, ni de día ni de noche.

5. Creo que es muy difícil acabar con la delincuencia. Siempre va a existir. La corrupción viene desde arriba. Generar empleos puede servir, pero no basta.

*Miriam Obmos*  
*Facultad de Contaduría*

1. Sí, a mis vecinos. Los han asaltado en los "micros", a las cinco o seis de la mañana, cuando se van a trabajar. Los ladrones también se levantan temprano para "trabajar".

2. A la pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores, y a la facili-



dad con que los ladrones obtienen dinero, sin cansarse demasiado.

3. No. Siento que la delincuencia viene desde los mismos policías, así que se forma un círculo vicioso. Si no se acaba con este círculo, la delincuencia no va a disminuir. Así pasa con las "mordidas", con la corrupción. Nuestro país está diseñado para eso.

4. Pues las autoridades no, pero la misma gente ya ha alzado la voz para decir que ya basta, que ya estamos hartos de que no puedes ni siquiera salir a la calle, porque no sabes si vas a regresar a tu casa. En esta ciudad se vive con miedo, con angustia. Si algún familiar tuyo no llegó a la hora de costumbre, piensas que le pasó algo. Pero no sólo la gente tiene que actuar, tendrían que actuar las autoridades, que para eso están.

5. Aumentar las penas. Que los delitos sean castigados con más severidad. A los homicidas, aplicarles la pena de muerte, incluso.

*Efrén Ventura*  
*Facultad de Economía*

1. Sí, a mi hermano. Lo asaltaron en la calle entre cinco chavos cuando regresaba del batallón, le aplicaron la "llave china", le quitaron su dinero y su mochila... es paracaidista, pero eran demasiados.

2. El desempleo, la falta de educación, la corrupción que hay en los funcionarios. También influye que los valores que se inculcan en la familia se han debilitado.

3. No. Creo que ellos les favorece tener una política de terror sobre el pueblo para poderlo manejar.

4. No por parte del gobierno. Pero en algunas colonias, los vecinos se ponen de acuerdo, se ayudan, ponen seguridad privada. Esto es raro. Por lo general, prefieres no meterte en problemas. La gente sólo se arriesgaría por otros, si todos estuviéramos unidos.

5. Sí hay leyes, pero no se aplican correctamente. Los principios de dere-

cho a veces no se encuentran dentro de la propia ley, sino en el campo más amplio de la justicia. Y esto no se contempla en ocasiones.

*Minerva Mundo de la Cruz*  
*Facultad de Derecho*

1. Sí, a un amigo. Le quitaron el dinero en el "micro".

2. Creo que los factores son tanto económicos como políticos y culturales. Todo empieza desde el sistema: la corrupción y el desempleo contribuyen a que haya un índice mayor de delincuencia.

3. Se ha dicho que se van a aumentar las penas en los delitos más frecuentes. Esto es importante, pero cabe la pregunta ¿por qué vamos a atacar una consecuencia si no atacamos primero una causa?

4. Pues el comportamiento social no es solidario. Uno está esperando que las autoridades o los demás hagan algo, en lugar de defendernos unos a otros.

5. Creo que hay que empezar por una mejor educación, con valores más claros. Y por disminuir los índices de desempleo.

*Laura Flores*  
*Facultad de Derecho*

1. ¡A mí! Venía en el camión temprano hacia la escuela, y me quitaron dinero y el reloj.

2. Al desempleo. Y creo que la aplicación de las leyes no es la correcta. Muchas veces detienen a los delincuentes, pero en menos de dos horas están afuera.

3. Yo creo que no. Más bien la delincuencia va aumentando; yo no veo en ningún momento una disminución. A mí me asaltaron un martes, y al siguiente jueves me volvieron a asaltar, otro grupo de delincuentes.

4. Las autoridades no. Pero algunas personas, con todo y su miedo, ya denuncian a sus agresores.

5. Aumentar el número de empleos; aplicar correctamente las leyes y

las penas. ¿Aumentar el número de policías? ¡No, por favor! Si policías y ladrones son lo mismo... vas en el camión, te están asaltando, está ahí una patrulla y no hace nada.

*Yadira Reyes*  
*Facultad de Derecho*

1. Sí. Un amigo fue asaltado en el "micro".

2. El desempleo. Y el costo de la vida. Pero sobre todo, la falta de preparación de la gente. A veces es tanta la desesperación de la gente, que si no les das algo, te pueden asesinar.

3. No. La delincuencia está en aumento. Creo que hay muchos contubernios entre las autoridades y los delincuentes.

4. Me da la impresión de que las campañas del gobierno son "de juguete": no profundizan en los problemas de la delincuencia realmente. No examinan las causas. La ciudadanía no ha participado activamente.

5. Por parte de los ciudadanos, tomar más precauciones al desplazarse por la ciudad. Pero las soluciones tienen que ser económicas, educativas, laborales, etc. Todas convergen en la delincuencia.

*Rocío Zamarrón*  
*Facultad de Filosofía y Letras*

1. A un amigo Entraron a su casa y se llevaron todas sus pertenencias.

2. El entorno social que estamos viviendo. Esto parte de la educación que recibimos, que no tiene valores profundos. La educación que nos hace falta se transforma en corrupción, a partir de las autoridades. Y esa corrupción lleva a que los delincuentes se sientan más defendidos que los propios ciudadanos. Si esto lo aunamos al desempleo, tenemos un sitio fértil para la delincuencia.

3. No. Yo creo que últimamente la delincuencia ha aumentado, en núme-

ro y en intensidad de la violencia. Los asaltantes no se conforman con quitarte el dinero. Hasta parece un gusto para los delincuentes dañarte, golpearte, violarte. Y las autoridades no han hecho nada para remediarlo. Hay impunidad, los delincuentes se sienten protegidos. Lo que manda es el dinero.

4. Sólo de manera simbólica. Para que la gente sienta que hay una protección. Pero en realidad, esta protección no existe. No es algo activo, sólo un engaño para sentirse mejor.

5. Se necesita una cultura más amplia, una educación que nos forme como ciudadanos responsables, con ética, que no seamos tan corruptibles, que no nos deslumbren el dinero o el poder, que es lo que ha dañado tanto a la ciudad y a todo México.

*Cristal Becerra*  
*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*

1. A una amiga. La asaltaron en el "micro", le quitaron sus cosas como a todos los demás pasajeros, y se llevaron hasta sus lentes, que no le quisieron regresar.

2. El desempleo. La gente, ante la desesperación que tiene al no poder tener los elementos básicos para subsistir, no tiene otro camino más que dedicarse al robo.

3. No creo. Creo que la delincuencia va en aumento. Y el robo con violencia. Y esto puede ser porque la autoridad no impone sanciones adecuadas. Un delincuente piensa "si robar sin violencia o con violencia me cuesta lo mismo, mejor robo con violencia, o mato a una persona para que no me denuncie".

4. Se han hecho campañas de prevención, pero los planes de la autoridad no son los adecuados para que la ciudadanía participe. Por eso muchos ciudadanos, como saben que las autoridades son corruptas, prefieren hacer justicia por su propia

mano, portar un arma y defenderse. Pero si llegan a matar un delincuente, se les sanciona.

5. En primer lugar, un tipo de educación totalmente diferente, porque todo empieza desde la educación. Además, la situación económica tendría que modificarse, generar empleos, y otra política de empleos, porque muchos jefes de familia no son aceptados en los empleos por su edad. Así que no tienen alternativa. Tampoco pueden ser vendedores ambulantes, porque eso tiene muchos problemas. Creo que sería factible hacer reformas a la ley para que se sancione con una mayor penalidad cada ilícito, sobre todo las reincidencias. Por otra parte, modificar el funcionamiento de las cárceles, porque en vez de rehabilitar a los delincuentes, les sirve para mejorar sus tácticas del delito.

*Ana Lilia Aguilar*  
*Facultad de Derecho*

1. Sí, a una de mis hermanas y a unos amigos. A mi hermana la asaltaron en el microbús. Se subieron unos tipos y los amenazaron con armas, los insultaron y los intimidaron. A mis amigos les fue peor: los asaltantes desviaron el microbús, les quitaron las mochilas, en los que traían libros de la biblioteca, etc. Los botaron por Ciudad Azteca.

2. A la falta de empleo. Con lo de la crisis, mucha gente que no tenía un empleo fijo, y que no está preparada para otra cosa, se lanza a la aventura.

3. Todo está igual. Habría que empezar con la delincuencia de allá arriba, de las autoridades, de la corrupción, para irse de allí para abajo.

4. Las autoridades no. Pero la comunidad ha hecho ciertos acuerdos. Por donde vivo se da mucho el robo a casas habitación; ya se organizaron, pusieron alarmas, más luz. Pero es una idea de la comunidad.

5. Primero, terminar con la corrupción de todo el poder judicial. En

cuanto a reclusorios, las procuradurías, la vigilancia a los policías.

*Thomas Montenegro*  
*Facultad de Filosofía y Letras*

1. Sí. A mi papá, a unos tíos y a unos amigos.

2. Al descontento que han ocasionado todos los problemas que se dieron desde la crisis de 1994. Y a los casos de corrupción que se han dado en la policía.

3. No. Es lo mismo, pero aparentan que están trabajando más.

4. Las autoridades no lo han hecho. Lo han hecho los ciudadanos, que comienzan a defender más sus pertenencias. Como que ya empiezas a defenderte. Ya empiezas a decir: Bueno ¿Y por qué me van a quitar mi dinero? Es mi dinero, me costó ganarlo. Lo defendemos, pero arriesgamos hasta la vida.

5. No tengo propuestas concretas.

*Laura Rivera*  
*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*

1. Sí, a una amiga. En el "micro".

2. Delincuencia siempre ha habido, probablemente porque no hay dinero, no hay trabajo; estamos llegando a un grado extremo.

3. Todo tiene que ver con conveniencias políticas. Todo depende de la persona o el personaje al que asalten o al que agredan. Si es importante, se le va a tomar en cuenta.

4. Ya no esperamos a la autoridad. Obramos por necesidad propia. Ya los vecinos se organizan y dicen "como no tenemos apoyo de las autoridades, vamos a ayudarnos entre nosotros mismos, porque no hay de otra".

5. Yo vivo por Constituyentes. Allí no se ve mucha efectividad en las medidas de las autoridades. Yo creo que sólo nos queda ayudarnos entre los vecinos.

*Sandra Figueroa*  
*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*



# Tesoros tristes

## (César Vallejo)

Liliana Weinberg

Un juego poético sobre la obra de César Vallejo. Obra seleccionada en el Primer Encuentro Universitario de las Humanidades y las Artes

T de tres tristes trabajos.  
 T de traducir ventanas en un hotel de París.  
 T de traza, T de triza.  
 T de trizarse de prisa.  
 T de tomar el tren.  
  
 T de trigo hecho pan que se nos quema.  
 T de hay golpes tan fuertes en la vida yo no sé.  
 T de también a mí nada de todo.  
 T del acento me pende del zapato.  
 T de punta el lunes sujeto por seis frenos.  
 T de tarde, de tú, de ellos y todos.  
 T de antroipoide ténte pena.  
 T del acento de fatídicos teléfonos.  
 T de triplica tu bondad rencorosa.

T de ya es tarde.  
 T de mentira que así tarden tus parientes.  
 T del jamás de tanto siempre.  
 T de tiempo y T de tumba.  
 T de tan fuerte es todo lo sufrido.  
 T de tesoros tristes.  
 La de Trilce.  
 (Lo dulce no existió: lo dulce es triste).

T donde se cuelgan estos Cristos del alma.  
 T columpio de una tarde sin tropiezos.  
 T colectiva de techo.  
 T de trino de pájaros antes de alzar el vuelo.  
 T de telégrafo y de se tarda tanto el telegrama.  
 T de todos y T de tanta gente.  
 T de también a mí.  
  
 T de trenza y de tormenta.  
 T de sin techo en París.  
 T de tres torpes trampas para mis pobres tripas.  
 T de tajo y de trabajo.  
 T de trabajo a destajo.  
 T de tanto fatiga el tiempo de la tribu.







# Noche de frambuesa en Nueva York

Ana Martha **Escobedo Hernández**

Facultad de Derecho

Poesía que se escurre entre la niñez,  
el infierno, la ciudad y la noche

*La poesía es sagrada en la medida en que no es nada.*  
Georges Bataille

## I

El viejo Bull mira sus zapatos desgastados.  
Son infinitos.  
Son los zapatos más infinitos que jamás hubiera imaginado.  
También están rotos, sucios y mal olientes.  
Despiden olores extraños.  
Casi insoportables.  
Apestan a mañanas grises, a calles mojadas, al caos del  
abandono,  
a invenciones de algún loco, a recuerdos apolillados, al  
avance  
del olvido.  
Por eso nadie lo visita.  
Pero no siempre fue así.

► 33





## II

Octubre en el planeta del ferrocarril.  
Todos estudiando para vagabundo.  
Santos bárbaros, viejos brincacharcos, bestias mojadas de  
la oscuridad.

Burlones de la desesperación humana.  
Esos tipos.  
Siempre los mismos.  
Miserables del amanecer.  
Allá van.  
Desbandada de pájaros.  
Volando. Saltando hacia la noche de verano a estrellarse  
como albatros.

Precipitándose a la muerte con una sonrisa limpia.  
Renace de tus cenizas, Ave Fénix, dejando rastro:  
Flujo de conciencia en lugar de mar.  
Esa armadura líquida que los mantiene vivos, seguros.  
De apariencia necia, frenética.  
Ellos.  
Los nacidos en la carretera.

### III

Jack, el mago.  
La sombra que se aleja entre la basura.  
Tambaleándose junto a su cómplice eterno en el borde del  
¡Adiós, te extrañaré!  
La destrucción del alma es inminente.  
Tiembra de frío con tu vestido de verano.  
Corre a tu niñez con el saco de vagabundo a la espalda.  
Bendice mis palabras: Nombra mi muerte.  
¡Adiós, rey!  
¡Adiós, viejo borracho!  
Nunca podremos volver a casa.



## IV

De muy niños aprendimos a contar.  
 Hoy, los inviernos no nos caben en los dedos.  
 Abusaron del infinito pateando piedras de Este a Oeste.  
 "El amor no morirá. Tendré que matarlo".  
 No dejes seducirte por los cuerdos Neal.  
 Dios ya está justificado.  
 Tus huesos... la poca ceniza en mis bolsillos.  
 —Trabajo en la ciudad-lluvia,  
 lugar donde la gente triste me hace tropezar.  
 Entre edificios perdidos, apariencias innecesarias,  
 ventanas invisibles.

Esto es demasiada soledad.—  
 Un pantano donde nada se mueve.  
 Chorros de sangre que ya nada nos dice.  
 He visto en tus ojos la neblina de la guerra.  
 Busca ese lugar sitiado por la pequeña muerte.  
 Mírala frágil.  
 Mira cuánta suciedad temblando en el suelo.  
 ¡Corre. Intenta escapar, cortesano de la era espacial!  
 Escupe tu memoria.  
 Arranca en silencio tu piel de madrugada. Niño curioso,  
 intuitivo, inmoral.

La voz que acariciará tus nervios desnudos.  
 Los tiernos cartílagos.  
 Ese rastro de cadáveres.  
 Tus cicatrices, mi obra de destrucción.  
 Fingimos para ser reales.  
 Siguiendo el camino. Arrastrándonos, envejeciendo con  
 las calles  
 que se van atorando entre los pies.  
 Todos se empeñan en salvarte, pequeño niño de limón.  
 El tiempo hecho nudo.  
 La mujer que trae desgracia ha practicado todas las  
 noches.

Ahora está lista...

El frío metal en sus dedos, en su sangre.

¡Malditos sean tus sueños!







V

Te condeno a buscar a tientas el valor, las mañanas de  
domingo,  
la bombilla bajo la cual naciste, las mentiras futuras.  
Mi eterna belleza en ruinas.  
Se apaga la luz del día y de las lámparas.  
Las velas: Colores ciegos a punto de envejecer.  
"Vuelvan pronto".  
Recorten mi silueta.  
Hagan pedacitos esta sofocación que asalta a los inválidos  
del recinto azul.  
Muertos que no respiran.  
Vivos que contienen el aliento.  
Ya no te empeñes en arreglar lo que fue arrasado.  
Extraviarse entre los vagones.  
Emerger limpios del abismo.  
Mi retorno listo desde el momento de la partida.  
El vendaje acostumbrado.  
La felicidad como sustituto.  
Sonreímos dolorosamente.  
Ladramos a los barcos desde nuestros restos de playa que  
guardamos  
celosos entre lava-hielo.  
Tus ojos secos son independientes. Pertenecen a otro  
cuerpo.  
Sólo flotan desamparados en el aire.



## VI

El abuelo incendiario allá está.  
Subiendo al trampolín. A punto de saltar.  
Aquí abajo todos oímos su canto, su lamento de mantequilla.  
Esa voz vitricida de los brujos poderosos.  
Ahora ya no podrá levantarse.  
Sólo una vez se puede huir de la juventud.  
Todos los ruidos tristes posibles, en cortejo fúnebre que se  
desintegra.

Ulises perceptible en ocasiones.  
Su existencia olvidada en la banca de algún parque.  
Sombras hinchadas. Objetos de Dios.  
Abandona lo que acabas de crear.  
Déjalo moribundo, perdido entre tus dientes  
—Donde se esconde la moneda "Próxima vuelta"—.  
Los dioses que se censuran a sí mismos recibirán su pago  
al amanecer.  
Mientras miramos a la gente de la soledad atacarse las  
venas, perder  
el oriente, saborear la superioridad del abandono:  
Tal como se lee en los libros.



## VII

—¿Cuándo podremos crear individuos más felices?

—No preguntes.

Es el tiempo de la tristeza en serie.

El diamante de la misericordia se esconde donde la forma  
humana ya no puede entrar.

Advertí las señales comunes.

Esperé días sitiado bajo la lluvia.

¿Cómo se llamará nuestra muerte?

No hables, que dentro, los niños rezan.

Coloca tu edad en las rodillas.

Ahógala en el fondo del espejo. Disfruta ese olor a  
humedad.

Esa sensación de que todo ha muerto.

Esconde el cadáver lejos (Entierros que recuerdan entierros).

Mirarás a tu amante en cada herida, enterrando esos dotes  
de soñador en los huecos de cualquier escalera.

Muchacho, muchacho de pálido humo.

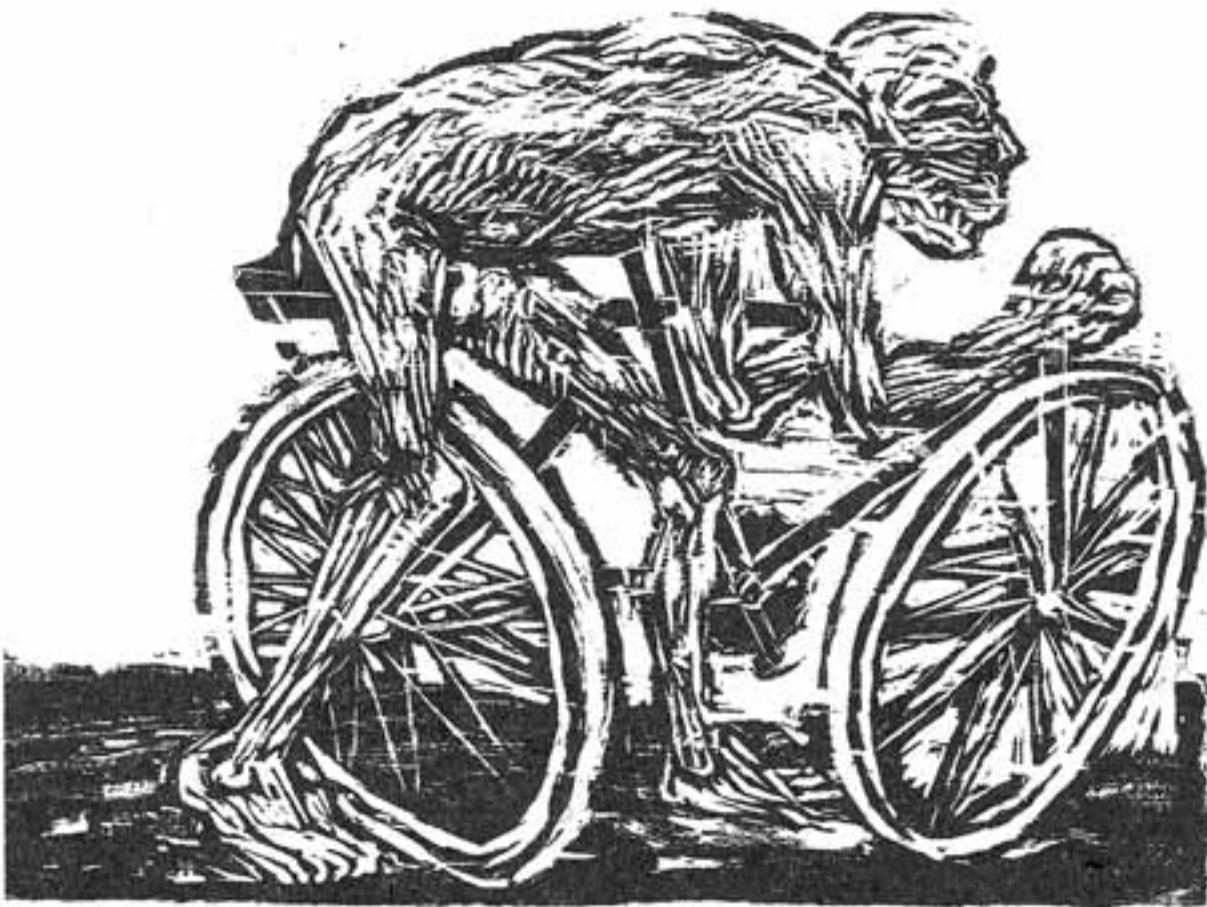
La humanidad tiene el color de las sombras.

Que nadie se te acerque demasiado.

¡Sujétense las faldas señoras. Atravesamos el infierno!

## VIII

De la arena al asfalto.  
Mundo al que se le cae pelo y dientes.  
Dama del unicornio, desinfecta mi vida-muerte.  
Cura mis obsesiones para quedar en silencio, expuesto a  
todos los vientos.  
Mi temblorosa ilusión reflejada.  
Reviso mis viejos mapas, escondido, debajo, junto al  
paraguas de mujer  
mientras espera.  
Tus frías canicas olvidadas en la noche.  
Fue hace muchos años.  
En el triste puerto donde yo te preguntaba por barcos.  
El Dr. Benway y su coche-correo de muerte autodirigido.  
A Dios no lo hemos visto por ningún lado.  
Los peces aún se mueven en el interior de mi mochila.  
La soledad que se me viene encima. Cielos grises-tiempo  
congelado.







## IX

Te persigo a través de calles abandonadas.  
Esquivando azoteas. Ahí donde las piedras fueron criando  
musgo.

Tu viaje se ha prolongado demasiado.  
Ya nadie te extraña.

Tu ropa olvidada, llena de caracoles, de marinos  
fantasmas.

Sigo buscando algo perdido en la oscuridad desde hace  
años.

Algo que la luz esconde.

Nuestra antigua esencia se ha ido desvaneciendo.

Ese mes purificador, creativo, lúcido.

Mi fiel bienvenida a los viejos días.

Tus ocurrencias temibles, sangrando donde no existen  
heridas.

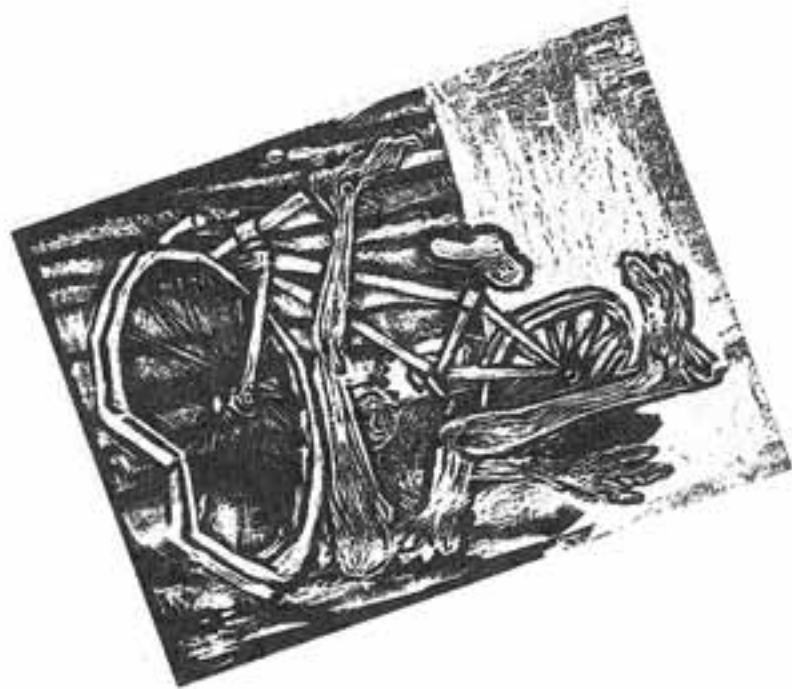
Caminando sobre aguas rotas, envueltas en un ciclón de  
silencio.

De pronto, al amanecer, el eco de los reyes que ríen entre  
la lluvia.

Brilla, brilla lejos en otro lugar.  
Recuéstate y sólo llora.

## X

Los recuerdos de infancia sin orden, sin fin.  
Ancianos de cara aburrida.  
Las raíces más finas son las que retienen la planta.  
Obscuridad.  
Deja caer una piedra como grulla, para saber si sobrevuelas  
tierra o mar.  
Recorre todo el panteón con tus dioses en racimo, en pisos  
diferentes,  
escaleras de caracol, en subterráneos, infancia de héroes:  
Reserva el lugar para el rey.  
El durmiente que despierta como un ciego cuando mira sólo  
por una vez más.  
Movimiento de luz que no permite pensar.  
No mueras en el mundo.  
El final es idéntico al comienzo.  
La cola que se metamorfosea en cabeza.  
Crianza entre el secreto y el silencio.  
Tus pasos.  
Me cuesta trabajo rehacerte:  
Construirte un último refugio o señalarte felizmente el  
camino.  
Áspera lucidez violentamente dulce.  
Eternidades dentro de momentos.  
Los desnacidos, los que envejecen al revés.  
Militancia ideológica.  
Esa difícil costumbre de estar muerto.  
Ese loco cansancio de cuando los ojos han visto todo el  
mundo.  
Tus palabras que se van adelgazando.  
Burla del inconsciente.  
Un amanecer distinto.  
La voz del gran "O". Un extraño que sigue cantando.  
Mi figura enferma sobre plumas quebradizas.  
Me gusta tu ausencia.  
Se está mejor allí, donde no estamos nosotros...



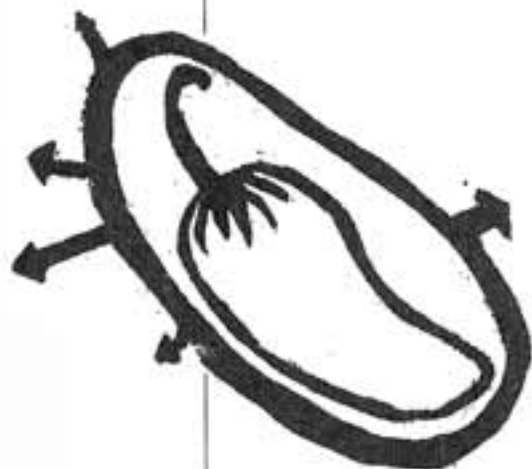
Te había dicho que algo pasaba,  
no caben más huellas en el pasado.  
Dices que debo rimar aullando  
pero mi costado izquierdo escupe tiempo,  
así que cuando cuente tres...  
habremos desaparecido.  
Tendrás la oportunidad de asaltar la noche,  
aquí adentro es frío.  
Tengo arena por sangre.  
Veintidós horas, buen tiempo para  
molestar a alguien.  
Así que prendes al sol  
y tomas tu camino.  
El tiempo se escurre entre las paredes,  
no habrá alguien que nos recuerde mañana.  
Bebe un poco de cerveza y  
fuma estúpido cigarrillo.  
En realidad no hace tanto frío.  
Nos iremos cuando el último  
borracho cante.  
Y puedes prender el sol...  
y tomar tu camino.  
Bull, Sal, Dean.  
Bull, Sal, Dean.  
Old-Paradise-Moriarty.  
Aquella tarde lloré al saber la noticia.  
Esperaba que a ti te conmoviera.  
Entre tarde de verano y la carretera de allá  
Tres barriles rodando en Nueva York,  
un estruendo en algún bar de la colonia Roma.  
Sería perfecto visitar a los hombres de la noche,  
desenmascarar los cantos del enterrador.  
Acordándome de ti.  
Prendes el sol y tomas tu camino  
Tenemos que salir a balacear las estrellas,  
a rascarnos los pies en el asfalto.  
Algún vecino diría que es demasiado.  
En realidad sólo continuamos lo que  
hace años iniciamos.  
Enjabonándonos en la lluvia.  
Me meteré a un viejo bar y beberé  
algún alcohol barato.  
Esperaré recargado en la puerta de entrada.  
Si no pasas, sabré que te has marchado.  
Entonces recordaré que prendiste el sol  
y tomaste tu camino.

► 43

*In memoriam:*

*William S. Burroughs, Jack Kerouac, Allen Ginsberg* ☉





# Aves sin nido

Gustavo Suárez

Facultad de Filosofía y Letras

La soledad es una enfermedad del presente. Contra ella se han dispuesto los remedios más diversos, desde el psicoanálisis hasta la mercadotecnia. Personajes solitarios transitan esta obra teatral

## Personajes:

Elena

Julián, 29 años

Una joven

## Lugar de la acción:

*Época actual. Banca de un parque público, minutos después de llover. Antes de abrirse el telón, deberá escucharse la voz de un narrador que dice: Si anhelas encontrar un amigo, un amor, un afecto, escribe a "Aves sin nido".*

## Cuadro único

Voz femenina: Mi nombre es Elena Rebollar Domínguez. Deseo encontrar el amor verdadero en una persona humilde, sincera y que quizá no haya conocido el amor, como en mi caso. Tengo 28 años y no soy fea. No acepto fotografía, pues no confío en el amor físico, prefiero tratar personalmente. Mi teléfono es...

*Se abre el telón, en la escena aparece Julián, hombre de 29 años aproximadamente, delgado y con gafas, posee un aire de ratón de biblioteca, trajeado hasta el cuello. Es inseguro, tímido y con gran nerviosismo se pasea de uno a otro lado aguardando impacientemente la presencia de alguien no visto antes.*

JULIÁN: (Para sí) ¡Buenas tardes!... No, suena forzado... ¡Hola!... No, suena muy colegial...



Mejor, ¿qué tal? No, así tampoco... ¿Y si mejor espero a que ella empiece? No, mejor yo...

¡Híjole, no pensé que fuera tan difícil! (Fregándose las manos en el pantalón) ¡Control, control, manitas mías, no me traicionen, no ahora!...

*Julián hace ademán de huir des-pavorido, justo cuando del mismo lado aparece una joven con sombrilla, la cual acerca a Julián para resguardarlo de las reminiscencias de la lluvia. Pese a ademanes provocativos se ve algo titubeante.*

ELENA: ¿Esperas a alguien?

JULIÁN: (Viéndose cubierto por el paraguas) Gracias. Ya casi no llueve.

Elena: Aquí estoy.

*La joven va a sentarse a la banca, después de sacudirla.*

ELENA: ¡Qué aguacerazo se vino! Espero no me haya arruinado el "look" (Saca un espejo de su bolso y se retoca. Después mira a Julián, quien la observa impávido, y lo incita a sentarse junto a ella).

ELENA: ¿Piensas quedarte toda la tarde ahí parado?

JULIÁN: No, claro que no.

ELENA: Cualquiera diría que nunca has visto a una mujer

JULIÁN: No te burles...

ELENA: ¿Así eres de serio?

JULIÁN: No. Bueno, con permiso.

ELENA: ¿Te vas?... Creí que me estabas esperando. ¿Por qué pones esa cara?

JULIÁN: (Sumamente sorprendido) Entonces tú eres...

ELENA: (Como un reflejo instantáneo) ¡Elena, sólo llámame Elena, como la de Troya!

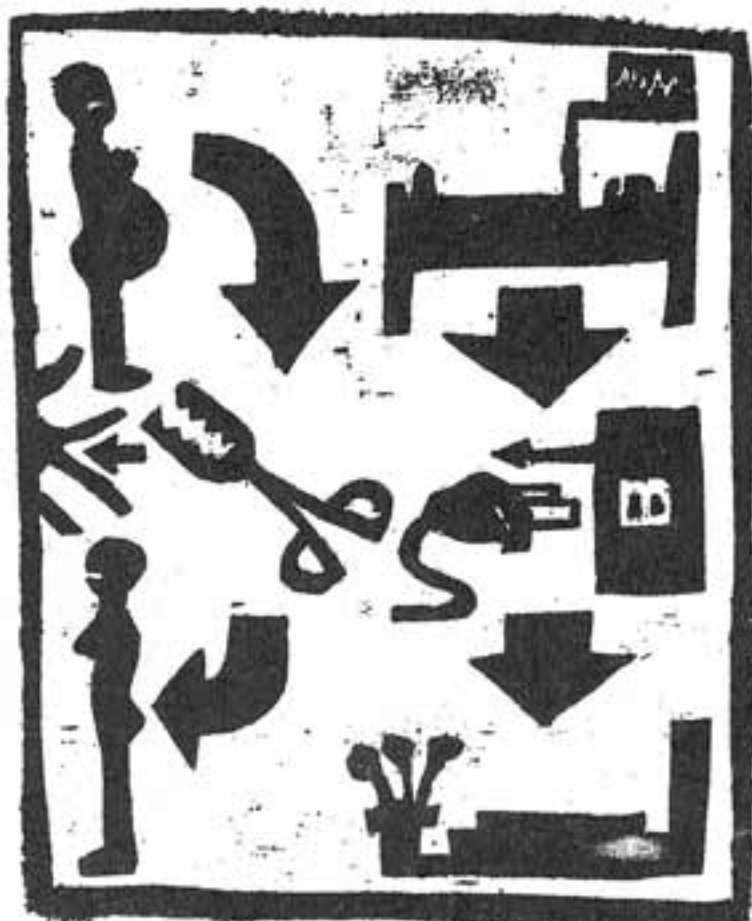
JULIÁN: ¡Elena!

ELENA: ¿Por qué me miras así?

JULIÁN: ¡Es que te imaginaba diferente!

ELENA: Como todas, ¿no te parece? Bueno, por lo menos como todas las que están en mi misma situación.

JULIÁN: Supongo que sí. Sabes, temía tanto que no te acercaras al verme...



ELENA: ¡Qué curioso! A mí también me pasó lo mismo contigo.

JULIÁN: ¿En serio? ¿Por qué?... Tú sí eres bonita.

ELENA: ¡Bonita, qué va, si mira nomás cómo me dejó el aguacero! (Ríe) Un buen principio, ¿no te parece?...

JULIÁN: Sí.

*Risas nerviosas*

ELENA: (Tocándose la espalda) ¡Ay, no, otra vez!

JULIÁN: ¿Qué?

ELENA: Se me desabrochó el vestido. Siempre me pasa lo mismo con este vestido.

JULIÁN: ¿Entonces por qué te lo pones?

ELENA: Pues, sí ¿verdad? Lo que pasa es que es de los pocos con los que de veras me siento bien. Como dices tú: me siento bonita... ¿Me lo abrochas?

*La joven se acerca a Julián y se acomoda hasta cierto punto insinuante, mientras le abrocha el vestido.*

JULIÁN: Ya está... ¿De qué te ríes?

ELENA: ¿Te pongo nervioso, verdad?

JULIÁN: No. Bueno sí, un poquito.

ELENA: (Comenzando a sentirse dueña de la situación) ¡Eres tímido!

JULIÁN: Un poquito.

ELENA: Tómallo con calma, no te preocupes, puede ser tan sólo una etapa de tu vida.



JULIÁN: ¡Por favor, no te burles!

ELENA: ¡Es que eres muy gracioso!... Cualquiera diría que nunca has estado con una mujer...

JULIÁN: Nunca.

ELENA: ¿Lo dices en serio?... (Julián asiente con un ligero movimiento de cabeza) ¡Nunca!...

JULIÁN: Por eso estoy aquí.

ELENA: ¡Oh, pero no te pongas así!

Si te sirve de consuelo, ésta también es la primera vez que estoy con un hombre, bueno, al menos en estas condiciones.

JULIÁN: ¡En serio! ¿Y tú por qué, si eres bonita?

ELENA: Bonita o fea, en mi caso es lo mismo, ¿no crees?

JULIÁN: Supongo que sí.

ELENA: (Riéndose) ¡De veras que eres gracioso!

JULIÁN: Por favor, no te rías. La gente se va a dar cuenta.

ELENA: Pero si no tiene la menor importancia.

JULIÁN: Para mí sí.

ELENA: Perdón.

JULIÁN: Hace calor, ¿verdad?

ELENA: ¡Calor, si está haciendo un frío de la patada! Me hubiera traído un suéter, ¿verdad? (Julián se quita el saco y la cubre por la espalda) Gracias. (Estirándole un pañuelo) Ten, sécate

las manos. Llevas horas fregándote las manos en el pantalón, si ya se te había secado, ya lo debes traer empapado otra vez... (Él lo hace con suma cohibición) ¿Así eres siempre?

JULIÁN: ¿Cómo?

ELENA: Bueno, así tan serio, tan formal. Así nunca nadie te va a hacer caso.

JULIÁN: No sé cómo debo comportarme.

ELENA: Bueno, pues con otra actitud. Un poco más desenvuelto, más agresivo... (Sugere) Si quieres yo podría ayudarte... Para eso estamos

aquí, ¿no?

JULIÁN: Sí ¿verdad?

ELENA: Dame un beso.

JULIÁN: (Instantáneo) ¡Tan rápido!...

ELENA: ¿No que quieres que te ayude?

JULIÁN: Sí, pero es que hay mucha gente.

ELENA: ¿Y qué tiene? Es lo más natural entre un hombre y una mujer, ¿no?

JULIÁN: Pues sí, ¿verdad?, pero mejor otro día. Podrías despintarte la boca.

ELENA: Bueno, yo estaba pensando en la mejilla. No importa, aquí traigo bilé, volverme a pintar es lo de menos. Anda, dame un beso; si te chiveo, mejor cierro los ojos y me besas cuando quieras, ¿sale? (Cierra los





ojos y para la boca incitando al beso. Julián voltea nervioso a uno y otro lado para ver si alguien los mira. Tenso e inexperto, se acerca a los labios de la joven e irrumpe abruptamente con un beso fugaz). ¿Eso es todo?

JULIÁN: Por favor, Elena, no te enojés...

ELENA: Julián... ¿Así te llamas, verdad?

JULIÁN: Sí.

ELENA: Julián, no puedo esperar toda la tarde a que te decidas. Entre más pronto, mejor.

JULIÁN: Elena, por favor, dame tiempo. Déjame tomar un poquito de confianza.

ELENA: Está bien.

JULIÁN: ¿Estás enojada?

ELENA: No.

JULIÁN: ¿De verdad no estás enojada?

ELENA: No. Bueno, al menos no contigo.

JULIÁN: ¿Entonces con quién?

ELENA: Conmigo. Tal vez ya debería de irme.

JULIÁN: ¿Te decepcioné, verdad?

ELENA: No, no es eso. Tal vez yo tampoco estoy actuando correctamente.

JULIÁN: ¡No!, ¡no!, si tú estás perfecta. El que no sabe cómo comportarse soy yo... Pero los dos podríamos ayudarnos, ¿no te parece?

ELENA: Bueno, ya, dame mi pañuelo. Sólo te lo presté para que te secaras, no para que me lo guardaras.

JULIÁN: Disculpa. Ten (Se lo da)... Como que eso de traer paraguas el día de hoy no fue muy original ¿no te parece?

ELENA: No, ¿Verdad?

JULIÁN: ¿Gustas una pastilla?

ELENA: ¿Traigo mal aliento?

JULIÁN: No, no, cómo crees.

ELENA: Bueno, yo creí. Como es lo más común en estos casos...

JULIÁN: (Buscándose en las bolsas de su vestimenta) ¿Dónde las puse?



ELENA: Si no traes, déjalo. La verdad es que ahorita preferiría un cigarro. ¿Fumas?

JULIÁN: No, pero si quieres voy a comprarlos.

ELENA: No, déjalo. En mi bolsa creo que traigo uno... (Echando mano a la bolsa) ¿Dónde lo eché?... Es que traigo un desorden... Aquí está... ¿Tienes fuego? (Sin darle tiempo a contestar) No importa. Aquí traigo cerillos. (Prende su cigarro) Bueno, anda, te acepto tu pastilla.

JULIÁN: No me acuerdo dónde las puse. Las puse en el saco.

ELENA: (Mete la mano al saco de Julián y saca una rosa) ¡Ay, pobrecita, mira nomás cómo las traes!

JULIÁN: Se me había olvidado.

ELENA: Pero cómo se te ocurre traer una rosa en la bolsa. Te pasas...

JULIÁN: No quería llamar la atención.

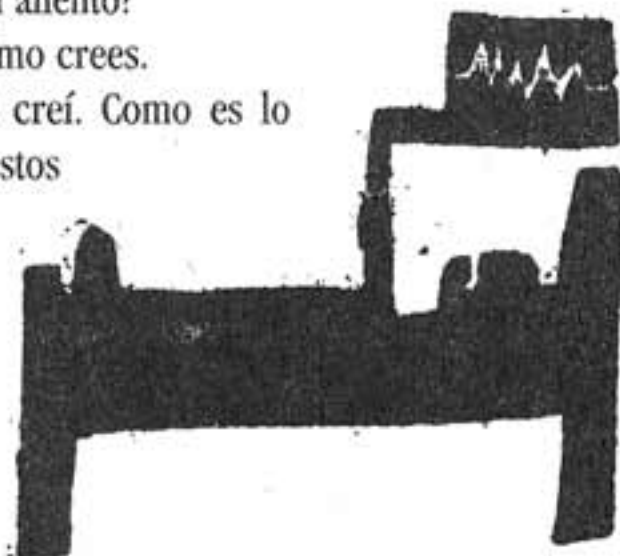
ELENA: ¡De veras que no te mides! ¿Me la regalas?

JULIÁN: Seguro, es para ti.

ELENA: Qué amable. (Toma una pastilla y se las regresa a Julián) Gracias.

JULIÁN: ¿En qué piensas?

ELENA: Es que ahorita me acordé... Sabes, en toda mi vida nadie nunca antes me



había regalado flores, bueno, aunque fuera una.

JULIÁN: ¿En serio?

ELENA: Sí, ¿Cómo la ves?

JULIÁN: ¡Nunca!

ELENA: No.

JULIÁN: ¿Ni siquiera un novio?

ELENA: Nadie.

JULIÁN: Ya somos dos.

ELENA: ¡Ah, pero tú eres hombre!

ELENA: Lo que pasa es que es demasiado serio para mi gusto. Pero no te ves tan mal.

JULIÁN: Lo dices para agradarme.

ELENA: ¿Por qué te sientes tan inseguro?

JULIÁN: No lo sé.

*Se miran en un tiempo en que no ballan qué decirse, sólo se dirigen miradas de vez en cuando, como manera para romper el silencio.*

ELENA: (Aspirando la flor) Huele rico, ¿verdad?

JULIÁN: Como todas, supongo.

ELENA: Supongo que sí. ¿Qué horas son?

JULIÁN: (Viendo su reloj) Cuarto para las seis.

ELENA: (Despojandose del saco) Ten tu saco, parece que no funcionó.

*Después de que Julián recoge el saco, una joven bellísima, con una sombrilla en la mano, pasa junto a la pareja como buscando una dirección.*

LA JOVEN: (A Elena) Disculpa, ¿es ésta la calle Unión?

ELENA: Sí.

LA JOVEN: Gracias.

*Elena hace ademán de retirarse cabizbaja, mientras la joven se sienta en la banca, viendo repetidas veces su reloj.*

JULIÁN: (A Elena) No te vayas. (En voz baja) Gracias.

ELENA: ¿De qué?

JULIÁN: De que sigas aquí conmigo... Es que tengo tanto miedo, mucho miedo. Jamás he estado con ninguna mujer.



JULIÁN: No, no me refiero a eso. Quiero decir que yo tampoco, jamás he recibido nada. Bueno sí, una vez, en mi cumpleaños.

ELENA: ¿Y qué te regalaron?

JULIÁN: Unos chocolates.

ELENA: ¡Tu papá!

JULIÁN: Qué graciosa.

ELENA: Bueno, ya, ¿entonces quién?

JULIÁN: Mi mamá.

ELENA: Bueno, que nos sirva de consuelo. Como dices tú: por lo menos ya somos dos.

JULIÁN: Así parece.

ELENA: ¿Por qué te vistes así?

JULIÁN: Me veo ridículo, ¿verdad?

ELENA: No, cómo crees, yo no quise decir eso.

JULIÁN: Pero lo pensaste.







ELENA: Hasta ahora lo has hecho muy bien.

JULIÁN: Tan bien que quieres irte.

ELENA: No eres para mí.

JULIÁN: Soy tan feo, tan poca cosa.

ELENA: Yo no dije eso.

JULIÁN: Bueno, estoy por terminar mi maestría en Marketing.

ELENA: ¿Y eso qué es?

JULIÁN: Nada que tenga que ver con el amor, te lo aseguro.

ELENA: Ahora te entiendo menos.

JULIÁN: Sí, quiero decir que todo el tiempo he estado rodeado por libros, sin mirar más allá de las cuatro paredes de una oficina o una biblioteca.

ELENA: ¿Lees mucho?...

JULIÁN: Sí.

ELENA: ¿A poco te gusta leer?

JULIÁN: ¡Uh, sí, me encanta!... Bueno, no. Para serte sincero, sólo es un refugio para evadir mi realidad. Como ninguna mujer se ha fijado en mí, no tengo más compañía que la de mis libros. Como comprenderás, vivo rodeado de pasiones prestadas, bellos amores, apasionados, como sólo suceden en las novelas... (Con voz lacrimosa) ¿Tengo que conformarme con seguir así? ¡Soy tan feo!

ELENA: (Conmovida) No digas eso, tú no eres feo.

JULIÁN: (Con voz lacrimosa) ¡Sí, sí lo soy, soy tan feo, sumamente feo!

ELENA: Te digo que no.

JULIÁN: ¡Y yo te digo que sí! ¿Quién va a tener la razón? ¿Tú?, que tienes el mismo problema?

ELENA: ¿Qué? ¡Óyeme, qué te pasa! Mi caso es distinto. Yo no soy ninguna acomplejada.

JULIÁN: Discúlpame, no quise ofenderte.

ELENA: Está bien. Está bien. Supongo que no lo dijiste con mala intención.

(Viendo a la joven) A lo mejor no tan bonita como otras, pero también tengo lo mío. (Pausa) Tú no eres feo.

JULIÁN: Lo dices para darme ánimos.

ELENA: Te digo que no. (A la joven) Oye, ¿que está feo este chavo?

LA JOVEN: (Abstraída) ¿Perdón?

ELENA: Digo que ¿qué te parece este chavo? ¿No te parece atractivo? Digo, viéndolo con mucha imaginación.

LA JOVEN: Mmm... no sé.

JULIÁN: Por favor, Elena.





ELENA: Anda, sin pena. Está un poquito anticuado, pero está bien, ¿no?

LA JOVEN: Es que no sé. Me pones en una situación incómoda.

ELENA: ¡Ándale, ándale, sin pena, dílo! (A Julián) A ver, párate derecho, con porte, con personalidad. (Él lo hace) Dado a la desgracia no está...

JULIÁN: ¡No digas nada, ya sé lo que vas a decir!

ELENA: Tú cállate la boca. No le hagas caso, mana.

LA JOVEN: No sé, podría ser.

ELENA: Fíjate bien, con otra apariencia. Otra imagen.

LA JOVEN: Si tú lo dices.

ELENA: Eso... A ver, vamos a ver. (A la par de lo que dice) Si quitamos primeramente estos lentes... ¡Guau, pero qué ojos, criatura! (Más animada) Vamos a quitar este saco...

JULIÁN: (Después que Elena le arranca las mangas de un solo tajo) ¡Mi camisa!

ELENA: Ni modo, es el precio de la fama. Derechito, no te me arrugues. Ante todo con postura. (Tocándole los bíceps) ¡Ummm, no está mal! Ven, mana, anda, ven. Nomás toca para que veas. Pura fibra oculta.

LA JOVEN: Desde aquí veo bien, gracias.

ELENA: Anda, toca, no le hagas caso. Cuando terminemos con él hasta nos lo va a agradecer. Vas a quedar como si hubieras nacido otra vez... ¿En qué íbamos?

*La Joven apretuja vacilante los bíceps de Julián y queda satisfecha.*



LA JOVEN: (Con cierta cohibición) Pues, sí, está bien... Aunque, el cuello, tal vez...

ELENA: ¡Ándale, tienes razón! En eso estaba yo pensando.

JULIÁN: ¡No, no, la camisa ya no, se los suplico, la camisa no!

ELENA: ¡Tú te callas! (Desajustándole la corbata) ¡Un hombre a tu edad no debe esconder tanto! Cómo nos privas a nosotras de todo esto... Ven acá, cálmate, si no te va a pasar nada. (Le desabrocha la camisa, dejándole el pecho descubierto) No está mal.

LA JOVEN: El cabello, el peinado es inadecuado. Tal vez más volado. Bueno, eso es lo que yo opino.

ELENA: No, no, si está bien. Se valen sugerencias. A ver, vamos a ver qué pasa (le alborota el cabello a tal grado que le da una apariencia de modernidad. El resultado final debe ser asombroso, tanto que las jóvenes queden satisfechas de su creación).

¡Guau, qué cambió!

LA JOVEN: Pues sí que cambió.

ELENA: (Muy segura) ¿Lo ves?, no estaba tan perdida en mis impresiones.

JULIÁN: (Sumamente ofendido) ¡Suéltame!

ELENA: Uh, todavía que te hago un favor,

te enojas.

JULIÁN: ¡Creí que lo nuestro era serio!

ELENA: Óyeme, espérate tantito, ¿de qué seriedad me hablas?

JULIÁN: Lo de la revista... ¿Estabas bromeando?

ELENA: ¡Creo que te afectó el cambio! (Elena voltea hacia la joven y observa que gira repetidas veces su sombrilla). ¿De qué revista me hablas?





JULIÁN: No te hagas.

LA JOVEN: ¿Hablas de lo de "Aves sin nido"?

JULIÁN: (Sorprendido) ¡Entonces eres tú!

LA JOVEN: Supongo que sí.

Yo soy Elena.

JULIÁN: Yo soy Julián. (A Elena) Pero entonces tú, ¿cómo es que te sabías mi nombre?

ELENA: Porque lo vi en la medallita que traes puesta.

JULIÁN: ¡Cómo no se me ocurrió antes! Y para colmo te llamas Elena.

ELENA: Bueno, en realidad no me llamo así, sino Eleonora, pero Elena es mi nombre artístico. Yo qué iba a saber que esta chava se llamaba Elena, yo pensé que era un nombre original.

JULIÁN: Me dijiste que también era tu primera vez.

ELENA: Y lo es.

JULIÁN: Entonces eres una...

ELENA: ¡No!... Bueno, es que estoy desesperada. Nadie me quiere dar trabajo. Pero soy buena gente, soy buena gente, se los juro. (Pausa) No fue mi



culpa. Tú fuiste el que te confundiste.

JULIÁN: Traías un paraguas.

ELENA: ¡Qué querías, ¿Que me mojara?

LA JOVEN: (Abochornada) Creí que era una señal brillante. Nunca me imaginé que lloviera. Además, tú quedaste de traer una rosa en la mano.

ELENA: (Estirándole la rosa que tiene en la mano) Creo que esto es tuyo.

JULIÁN: (A la joven) ¿Pero tú? ¿Por qué recurres a amores por correspondencia si eres tan bella?

LA JOVEN: Por eso, por bella. Mi único error es haber nacido bella. Todos creen que no me merecen... Nadie lo creería.

JULIÁN: ¡No puedo creer que nadie quiera salir contigo! Estarán más ciegos que yo.

LA JOVEN: Hasta el momento todos han confiado su seguridad en mi belleza. Sólo buscan la apariencia, no la verdadera Elena... Lo que yo necesito es un hombre, un verdadero hombre... Si me siento atraída por alguno, trato de facilitarle las cosas para animarlo y...

JULIÁN: ¿Qué?

LA JOVEN: Y hasta allí. No se decide a "hablarme" por temor a perderme, pero cuando ve que casi me le declaro, me toma por fácil. Estoy sola... (Se rehace) Lo mejor será que me vaya.

*La Joven hace ademán de irse.*

ELENA: (A Julián) ¿Vas a dejar que se vaya?

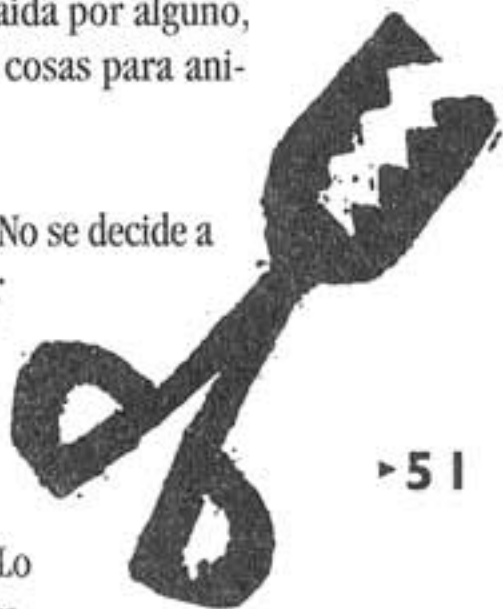
JULIÁN: ¿Qué quieres que haga?

ELENA: Pues, que la detengas... (Ante la ineptitud de Julián, a la joven) Hey, espérate, manita chula.

*La Joven se detiene.*

JULIÁN: Bueno, es que yo... supongo que soy muy poca cosa para ti.

LA JOVEN: Jamás pensaría eso. Por el contrario, creo que tienes muchas cualidades.







JULIÁN: No te burles.

LA JOVEN: En serio, sólo que no te has querido dar cuenta. Has vivido toda tu vida con un complejo de inferioridad tan terrible, que no te consideras capaz de seducir a nadie. Si te soy sincera, como te veo ahora me agradas, y lo digo en serio.

JULIÁN: No sé qué decir.

LA JOVEN: ¿No me crees, verdad?

JULIÁN: No.

ELENA: ¡Y dale con lo mismo!

(Sacando el espejo de su bolsa) Ten, mírate. (Julián lo retira de primera intención, pero poco a poco lo toma y se contempla asombrado) A mí me gustaste desde el principio. A lo mejor porque tengo muy desarrollado mi sexto sentido.

JULIÁN: Será porque me viste cara de menso.

ELENA: Bueno, un poquito, pero después... ¿Tú crees que me iba a quedar toda la vida a que te decidieras?

JULIÁN: Querías irte ¿no?

ELENA: Sí, pero no por lo que tú crees, sino porque me inspiraste mucha ternura. No quería abusar de ti. Es más, para no tener experiencia lo hiciste muy bien.

JULIÁN: Sí, pero no tengo esa agresividad ni esa desenvoltura que tú dices.

ELENA: Mírate ahorita. Lo demostraste hace un momento. Estabas furioso.

JULIÁN: Sí, ¿Verdad? (Pausa) Entonces qué debo hacer.

ELENA: Sé tú mismo, no te reprimas. Déjalo salir.

JULIÁN: Lo que pasa es que tú me das mucha confianza.

ELENA: Pues aprovéchala. ¿Por qué no le invitas un café y así podrían comenzar a conocerse?

JULIÁN: ¡Caray, no sé qué decir!

ELENA: ¡Cómo que qué has de decir, pues, que sí! Anden, fuera de mi presencia. (Conmovida) Vayan a consolidar amor a otra parte. Tal vez un

lugar más íntimo, yo qué sé, ¿me entienden?

JULIÁN: ¿Y tú?

ELENA: ¿Yo? (Sonríe) ¡Vamos, nene,

no me quites más el tiempo, el día es largo y

la noche es corta.

Tengo que seguir trabajando. Es más, no

más agarro experiencia y quién quita y algún día pongo

mi Consultorio Corazón.

*El escenario oscurece progresivamente* ☉





# Una última comodidad

Sergio Aguilar Méndez

Escuela Nacional Preparatoria

Primer Lugar en el Concurso Interpreparatoriano de Cuento 1998 "Homenaje a Horacio Quiroga", en el 130 aniversario de la Escuela Nacional Preparatoria. Sobre "El almohadón de plumas", del escritor uruguayo

El médico cerró la puerta de la habitación y descendió por la escalera a la estancia principal. Allí, de pie, se hallaban dos mujeres enjutas y de rostro indiferente; normalmente a estas horas deberían estar ya en sus dormitorios de servicio, pero desde que el patrón cayó en cama, hace dos días, se turnaban para velar y atender lo perentorio. Si hoy estaban las dos al mismo tiempo, silenciosas, era porque al parecer el final se precipitaba; todo indicaba que la agonía se había iniciado, y la muerte dominaría en pleno en la madrugada.

El médico pasó a su lado sin mirarlas, pero consciente de que lo que iba a decir al heredero lo escucharían ellas también. El "heredero", como en la casa llamaban al único hijo del patrón, había llegado a mediodía; se enteró bien de la situación y estado de su padre, pues el mensaje recibido en la capital regional fue algo confuso, y luego desapareció toda la tarde por la localidad. Cuando regresó a la casa, el mé-

co ya estaba con el viejo en su recámara, por lo que

se sentó en la estan-

cia a esperar. A las dos ayudantas les pareció pertinente acompañarlo, aún en su silente actitud.

—Don Eloy no amanece; es cuestión de dos a tres horas

—dijo con solemnidad el médico—. Lo siento, Señor. Horacio. Hay tiempo para que yo vaya a ordenar ciertas cosas y regrese a la hora estimada.

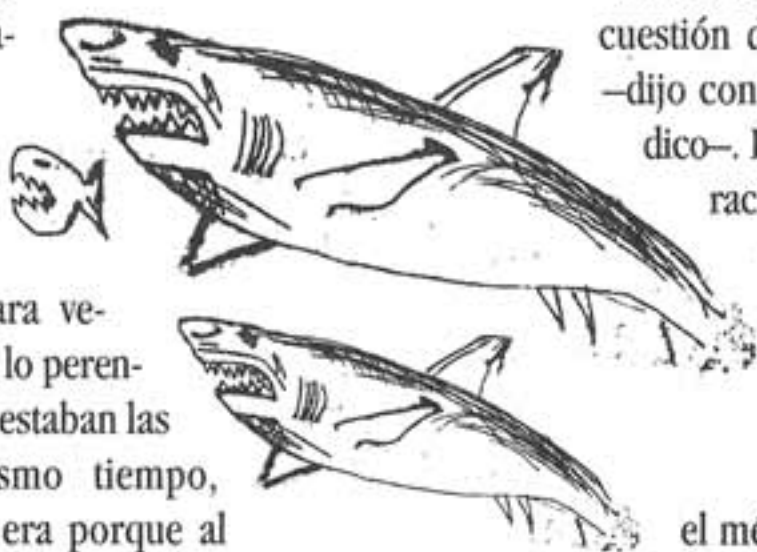
Al decir esto, el médico no pedía consentimiento o parecer

alguno, sólo informaba, y ya

se estaba dando media vuelta cuando el heredero, Horacio Abdala, se

levantó, le estrechó la mano

y lo acompañó, en silencio para no variar, a la puerta. Al retornar a la estancia el reloj de la pared indicaba las 11:32 de la noche. Abdala pidió a las mujeres que fueran a descansar; él esperaría al médico y atendería a su padre; ya las llamaría en caso necesario. Ellas obedecieron. Horacio Abdala se volvió a sentar, pero ahora de frente al reloj. No le quedaba más que esperar.





Don Eloy Abdala tenía setenta y cuatro años y, a pesar de las nebulosas de la memoria, la edad y la agonía, recordaba perfectamente el instante y el suceso que desgració su vida. Nacido en regiones provinciales, tuvo la fortuna de ser hijo de un mediano hacendado, recién instalado como tal, gracias a las políticas populistas de entonces de otorgar tierras. Su formación no varió a la de los otros hijos de esta clase artificial y emergente, es decir, ocuparse de ciertas labores de la casa, instrucción elemental, y si había interés y talento, seguir una carrera, o bien, hacerse cargo del trabajo en el campo. Sin embargo, a los dieciseis años, cuando se le planteaba esta disyuntiva quiso leer

un libro, de los pocos que existían en la casa y que se compraron para adornar un estante sobre una chimenea de ladrillos. Quería probar "la resistencia" a temas y lecturas más elevadas. Todos los ejemplares se presentaban en la portada como "Lo más actual y novedoso de la literatura en Nuestra América, 1921". El volumen que eligió lo seleccionó por breve y por las brevedades que contenía. Le bastó leer el primer relato para darse cuenta que un temor inaudito lo aprisionaba; detestó el relato, pero su ficción tan verídica lo marcó; lo releyó tres, cuatro, cinco veces, esperando que su temor se aplacara o deseando encontrar indicios de falsedad que desbarataran el relato. No ocurrió ninguna de las dos cosas. Tampoco terminó de leer el libro. El horror se había despertado, instalado en él, y esa primera noche mostró los suplicios de que era capaz. No durmió, y además tomó dos decisiones cruciales y absurdas, pero que en el imperio del miedo, eran de lo más coherentes: se quedaría a laborar en la hacienda; no quería saber nada de estudios o lecturas que fueran capaces de depararle horrores semejantes al que hoy se le había revelado como pesadilla íntima y constante; y la otra resolución era igual de contundente: jamás volvería a usar almohada.





Al principio se le tomó como una tierna actitud de demostrar su hombría y dejar de ser niño y adolescente. "El joven Eloy duerme sin almohada", se decía por la casa. Pero a medida que transcurrió el tiempo, la manía y el temor se anudaron en un atisigamiento que hartaba. Eloy suplicaba a sus padres que no utilizaran almohada, sus vidas corrían peligro; les intentaba explicar su miedo, su temor develado y, a la vez, creado por la advertencia intrínseca del cuento que él estaba seguro de haber descubierto.

Los padres se preocuparon e insistieron en ver a un doctor. Eloy se negó, y con el tiempo las súplicas eran agresiones, ironías y amenazas de lo que les esperaba si neceaban en dormir sobre almohadas.

La ventolera expropiatoria acabaría con su padre; recibió dos tiros en un enfrentamiento con agraristas, sin embargo, su madre moriría en su cama años después, y entre el dolor y la locura Eloy despedazó las voluminosas almohadas en que su madre descansó sus últimos días. Con lágrimas y jadeos las despanzurró en el patio, seguro de encontrar ahí la real causa del deceso, y no como el doc-

tor dijo, por una afección en el corazón.

El conocimiento del campo le permitió salir adelante, rescatando lo poco que las crecientes reformas de los tiempos recientes le habían dejado. Avanzó en edad entre noches de insomnio, revisando cuentas, tanteando otro negocio como la usura y leyendo el periódico local hasta muy tarde, esperando encontrar que una noticia al fin hablase de alguna muerte extraña que le diera la razón a sus temores. De vez en cuando tomaba el viejo libro y leía el cuento. Quizá se hubiera consumido más pronto en sus temores fantasmales y parásitos obsesivos como gérmenes, de no ser por la aparición de Ada.

Ada había entrado a trabajar al servicio del patrón, pero a diferencia de otras mujeres que laboraron con él y que lo respetaban en sus manías y soledad, Ada se impresionó por las actitudes, y ante lo difícil de explicarse su conducta, lo tomó por sabio y loco; se interesó de verdad en sus rutinas. Eloy percibió el interés auténtico y no tardó en querer formar una discípula. No obstante el interés de ella, nunca comprendió ni compartió el origen y sentido de los temores del hombre, al contrario, con su ingenua entrega pensó ayudarlo, y una noche la cercanía los llevó al encuentro previsible en lo íntimo. Con más razón e ímpetu, Ada creyó de verdad que se trataba del instante supremo para la curación, y en uno de los reposos de su amor, introdujo diversas almohadas al lecho en el que continuó la entrega y en el que despertaron.

Las consecuencias de aquella noche las fue armando durante mucho tiempo Horacio, pues tales consecuencias lo involucraban a él. Seguro estaba que en esa noche su madre, Ada, había quedado preñada. Nunca supo





## El horror se había despertado en él, y esa primera noche mostró los suplicios de que era capaz

cuál fue en verdad la violenta reacción de su padre al verse despertar entre almohadas y con una mujer al lado, situaciones nunca vividas y sí siempre temidas. Desgraciadamente el infierno que vería de niño, le dio a Horacio una intuición de lo que debió haber sido.

Eloy respondió y se casó con Ada, quien como esposa parecía más sirvienta que nunca y más alejada de él como jamás lo estuvo. Desde pequeño, Horacio notó una mirada particular en su padre al dirigirse con violencia a su madre; con el tiempo supo que se trataba de rencor, de un rencor enfermizo. Había otras piezas que Horacio pretendía descubrir, como una cohabitación miserable y convenenciera, humillación, pero terminaba por imponerse el infierno que le tocó a él: rechazo, gritos para que se alejara lo más posible de su madre y la paliza cuando lo sorprendió jugando divertido en el desván a aventarse y golpearse con almohadas.

A edad muy temprana inició su peregrinaje por internados y escuelas, regresando a casa para fugaces visitas. Y en uno de los primeros retornos se encontró con la desgracia de que Ada había desaparecido. Nunca se le dijo que había muerto, ni él lo hubiera aceptado, pues jamás hubo una tumba como evidencia.

El peregrinaje terminaba hoy, aquí, sentado en la casa de su padre moribundo. Durante las estancias escolares de adolescencia descubrió en una tarea de rutina un texto, un cuen-

to de un escritor renombrado. La última pieza, y central, del rompecabezas incomprendible de su historia estaba ahí. La evidencia era tan clara, y a veces tan demencial, que le tomó tiempo asimilarla.

Pero esta noche, Horacio pretendía agregar una pieza más a la desgracia de los Abdala; sólo que él sería por primera vez el encargado de disponerla a su antojo. Llamaron a la puerta. Horacio se apresuró a abrir, y con gran excitación atendió al hombre que le ofrecía un paquete.

—¡Por qué tardó tanto, si sólo era rellenar y coser! —exclamó Abdala—.

—Bueno, es que es conocida la gravedad de su señor padre, y por la hora, pues yo pensé...



—No importa, ¿todo bien? —Abdala miraba con impaciencia al sujeto—. ¿Es suficiente lo que le pagué? —El hombre reaccionó:

—Oh sí, claro, más que suficiente —pero seguía inmóvil, por lo que Abdala prácticamente le cerró la puerta en la cara.

El tapicero reaccionó en definitiva y echó a caminar por la calle. Pensó: "No cabe duda, igual de loco que el viejo. Mira que el padre agoni-

zando y éste encargando tamaño almohadón de urgencia”.

Al pasar presuroso rumbo a las escaleras, Horacio alcanzó a atisbar el reloj: eran las 12:10. Al ir subiendo evocó las horas de la tarde. Preguntando por diferentes locales dio con un tapicero que también elaboraba almohadas. Escogió la más grande que tenía, pero siempre y cuando fuera de plumas de algún ave, e incluso le pidió que la descosiera de un lado, pues él mismo le llevaría más relleno.

Abrió la recámara, dudó un segundo, y entró decidido, pero tranquilo, con gusto. Se acercó a la cama; volteó a ver la pequeña lámpara al lado y desistió de encenderla. Ahora, angustiado de que el viejo estuviera ya muerto y todo fuera en vano, le movió la cabeza, le palmeó la frente. El anciano abrió los ojos, o lo que quedaba de ellos. Sus miradas se suspendieron, se identificaron. Horacio habló sin desviar la mirada.

—Padre, estás agonizando, pero yo te he traído un regalo; se trata de otra agonía —al terminar la frase le mostró a dos manos la almohada—. La mandé hacer especialmente para ti. Yo mismo escogí a las aves más viejas y enfermas, a las más inmundas, a las de plumas más pestilentes y sucias para el relleno. Tu terror te alcanzó en la muerte, y por él morirás realmente. Jamás entenderé los alcances de tu infame delirio, pero quizá lo hubiera sobrellevado, que al fin y al cabo puede que yo tenga los míos. Pero que todavía hayas jugado la macabra suerte de llamarme, de bautizarme como el escritor, es abominable.

Horacio guardó silencio y, con serenidad, colocó la almohada bajo la minúscula cabeza del viejo, y con avidez aguzó la vista en los ojos del padre. Y sí, ahí estaba, un terror



desmesurado, agobiante, que intentaba suplicar. Horacio caminó al sillón del cuarto, lo volteó hacia la ventana, se sentó, dando la espalda al lecho, y sacó de su chaqueta su propia edición del libro. Se acomodó, y en penumbras comenzó a leer en voz alta, imaginando la desesperación mortal del anciano trémulo, sin movimiento ya y emitiendo leves gemidos. Horacio Abdala leyó: “El Almohadón de plumas, de Horacio Quiroga”, “Su luna de miel fue un largo escalofrío...” ☉





Libros  
Convocatorias  
Teatro

# Brújula

y más...

## ● EL AGUA LENTA DEL AMOR

*A Lourdes, por lo mismo de siempre*

La relación de los escritores nacidos en Hispanoamérica que al emigrar, principalmente a Francia, se enfrentaron con un ámbito lingüístico ajeno, ha mostrado tres vertientes. Hay quienes abandonan el idioma materno y asumen el adoptivo para escribir su obra (verbigracia el conde de Lautréamont, Jules Supervielle); hay también quienes escriben una parte importante en el nuevo idioma descubierto y otra en la de su país de origen (José María Heredia, César Moro); y hay quienes aunque cambian de nacionalidad, lo escriben todo en la lengua de sus ancestros (Julio Cortázar).

De los tres grupos el más interesante parece el segundo, por ubicarse en una perspectiva en que la expresión literaria utiliza dos cauces lingüísticos diferentes. Es un poco la misma fascinación que despierta un músico que toca dos instrumentos distintos o un futbolista que juega en dos posiciones. En el caso del poeta César Moro (1903-1956) esta versatilidad le salió cara: los estudios sobre el desarrollo del movimiento surrealista en Francia no lo toman muy en cuenta, a pesar de que figura entre la lista de los firmantes de los célebres Manifiestos. Y dentro de la tradición literaria hispanoamericana sólo aparece en la antología de Julio Ortega (1987). Algo así como el perro de las dos tortas.

Esta libertad para elegir entre un idioma u otro, esta condición de anfibio lingüístico, puede tener como causa su misma afinidad

Jesús Gómez Morán, estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras, presenta su reseña sobre un autor surrealista poco conocido.

César Moro. **Renombre del amor.** Antología (Selección, prólogo y notas de Julio Ortega). México: Departamento de Humanidades, UNAM (Material de lectura. Serie Poesía Moderna 62). 34 pp.

César Moro comp.  
**Los surrealistas franceses** (Edición y prólogo de Luis Mario Schneider). México: Departamento de Humanidades (Material de lectura. Serie Poesía Moderna 75). 29 pp.





con la estética de Vanguardia. Moro fluctuó entre francés y español, entre un apelativo y otro (siendo su verdadero nombre Alfredo Quispez Asín, lo cual implicaba ya un cambio de identidad frente al mundo) como el creador surrealista entre el sueño y la vigilia, la conciencia y el subconsciente, la vida y la muerte. Estadía intermedia que si no se resuelve en definitiva hacia una u otra instancia, es porque las complementa y las une. Tal como el mismo poeta define al surrealismo: "el cordón que une la bomba de dinamita con el fuego para hacer volar la montaña". Simultáneamente esta inquietud de sosobra, al recurrir a tal o cual medio expresivo, desplaza la especialización artística: así vemos a García Lorca y a Eluard elaborando dibujos, o a Dalí auxiliando a Buñuel y participando también con sus propios poemas, principalmente en las reuniones en que echaban mano de la escritura automática.

También el viaje es otra forma de zozobra. Durante su estancia en México, dos lugares vieron oscilar al escritor peruano: la capital (donde frecuentó a algunos de los Contemporáneos, principalmente a Xavier Villaurrutia) y San Luis Potosí. Esta última, donde escribió entre 1938 y 1939 los poemas de La Tortuga Ecuéstre (animal anfibio adoptando funciones que no le corresponden por naturaleza), es una ciudad donde proliferan los balcones. Y para Moro estar en San Luis Potosí era algo así como asomarse al balcón buscando con la vista a la persona amada: ahí vivía el militar de quien estuvo enamorado y las ciudades, en cierta forma, son una prolongación del cuerpo amado, pues en los espacios que su sombra ha cubierto el amor —esa "agua lenta"— siembra sus altares.

Marginado finalmente de las camarillas literarias y políticas, condenado a la incertidumbre de la constante partida, Moro halló la resolución de todas las contradicciones en el tema amoroso, el cual le allana el regreso de su exilio lingüístico. Nombrar al ser amado sólo le fue posible a través de las palabras sustanciales que residen en el idioma materno. Por eso los poemas de La Tortuga Ecuéstre fueron los únicos que escribió en español.

Dentro de la colección Material de Lectura que, para remediar un tanto el olvido al que se les confina a poetas como Moro, publica la UNAM, hallamos dos números de este autor tan controvertido: Renombre del amor y Los surrealistas franceses, con sus respectivos estudios introductorios de Julio Ortega y Luis Mario Schneider. En el primero de estos títulos (una antología poética), hay un poema extraído de La Tortuga Ecuestre, dividido en seis apartados, "El fuego y la poesía", que nos sirve muy bien para connotar la correspondencia con que el poeta percibía vida y obra, así como para resumir el concepto del fenómeno amoroso.

*Amo el amor  
El martes y no el miércoles  
El amor de unos doscientos cincuenta  
años  
Bajo la influencia nociva del judaísmo  
sobre la vida monástica  
De las aves de azúcar de heno de hielo  
de alumbre o de bolsillo*

Comienza el texto y nos sitúa en vilo dentro de una circunstancia donde ámbitos distintos se contaminan. La primera imagen ("Amo el amor"), que podríamos llamar autofágica, como la serpiente que se muerde la cola, es símbolo de una anulación automática de todo lo que está fuera de lo que enuncia. Pero a la vez, el amor representa un acontecimiento público en el que nada es ajeno y que trastorna lo cotidiano, lo histórico y hasta lo político, por lo que la mencionada anulación en realidad es una inclusión devorante y totalitaria que le permite al amor participar, subvirtiéndolas, en todas las esferas del acontecer humano.

A partir de este punto podemos dilucidar el modo en que el autor comparte la perspectiva surrealista con respecto al amor. Apelando a las potencias del inconsciente, el amante reconstruye, en ausencia ("Amo la rabia de perderte" dice al inicio del tercer apartado), la imagen del ser amado, lo cual es factible en tanto que el surrealismo, luego de revalorar el sueño y la imaginación, les



otorga una participación igualitaria junto con lo que consideramos como realidad incuestionable. Gracias a esto, la aparición de la persona amada concebida por la mente es tan verídica como la tangible: en última instancia lo que se ama de alguien no es sólo lo que es, sino también lo que de ella nos figuramos.

A partir del cuarto apartado, este abismo inexorable que constituye el amor se transforma, en el discurso del poeta, en una letanía de circularidad infinita (que ya se advierte desde la progresión acumulativa de imágenes empleando la preposición "de") y a través de la reiteración casi obsesiva del adjetivo "lento": ("El agua lenta el camino lento los accidentes lentos"). La reunión de los amantes se produce finalmente, inaugurando una fiesta de movimientos lentos en que se envuelven, cayendo dentro de una espiral ascendente: "Giramos lentamente por el aire del cuarto caldeado".

En el quinto apartado la letanía de lentitudes sigue, y el ser amado se vuelve un espejo en cuya cara se reflejan en retrospectiva personajes históricos ("Armodio Nerón Calígula Agripina Luis II de Baviera"): en esa proyección hacia el infinito, nuevamente la pérdida de la identidad es de carácter incluyente, no excluyente. Unir los contrarios, unir lo imposible es misión que amor y poesía logran, y que al interior de la óptica surrealista se facilitan.

En la antología *Los surrealistas franceses* que el mismo Moro prepara, encontramos un poema de Benjamin Péret donde dos realidades de la naturaleza suspenden su oposición y, si la amada lo quiere: "una mosca" puede soñar "con una telaraña de azúcar/ en un vaso de ojo". Por eso en el último apartado el tiempo aparece como una esfera que se complementa a sí misma, como un traslado de la noche hacia el día donde, siguiendo esa inversión de valores tan característica del surrealismo, "La vida oscura empieza". La experiencia amorosa, según la lección de Moro, no es lo que expulsa, de la oscuridad del día, la luz de la noche. No es una ni otra cosa: es ambas.





Y siendo el amor el epicentro de todas las aspiraciones, creo prudente finalizar con una cita (que es otra forma de adopción) de este poema para ejemplificar en qué forma, ya sea escribiendo en francés o en español, ya sea que el aliento esté inundado de dicha o desamparo, la intensidad de la voz poética de César Moro se mantiene invariable, puesto que la realidad misma, incluso, está hecha de este tipo de oposiciones y correspondencias:

*Amo la rabia de perderte  
 Tu ausencia en el caballo de los días  
 Tu sombra y la idea de tu sombra  
 Que se recorta sobre un campo de agua  
 Tus ojos de cernícalo en la mono del  
 tiempo  
 Que me deshace y te recrea  
 El tiempo que amanece dejándome más  
 sólo  
 Al salir de mi sueño que un animal ante  
 diluviano  
 perdido en la sombra de los días  
 Como una bestia desdentada que per  
 sigue su presa  
 Como el milano sobre el cielo evolucio  
 nando con una  
 precisión de relojería*

#### ● XIV PREMIO INTERNACIONAL "LUISILLO" DE POESÍA JUVENIL

Entidad convocante: Fundación Odón Betanzos Palacios.

Dirección: c/ Huertas, 11, Rociana del Condado, Huelva 21720 Andalucía, España.

Premios: Habrá un premio consistente en una Beca de 50,000 pesetas.

Fecha límite: 15 de diciembre de 1998.

Requisitos: Podrán participar todos los jóvenes que lo deseen, hasta la edad máxima de dieciocho años.

Normas: Los poemas deberán ser originales e inéditos, de temática y extensión libres, escritos en lengua española. Los trabajos se-

**Nota** En 1996 se cumplieron 100 años del nacimiento de André Breton, pero también 40 de la muerte de César Moro. "Tortuga ecuestre" él mismo (en referencia a la mascota que había domesticado), viajó a París a tiempo para anexar su firma dentro de los Manifiestos surrealistas y, por esa condición anfibia de querer sobrevivir en el interior de otro ecosistema cultural, su nombre, dentro de las compilaciones histórico-literarias, tanto de las letras francesas como de las hispanoamericanas, ha sido relegado al olvido. En estos tiempos finiseculares, en que Latinoamérica intenta clarificar su pasado y definir sus perspectivas hacia el próximo milenio, es buen momento para comenzar ese ajuste de cuentas con aquellos hombres que le han dado una inconfundible voz y un sitio de primer orden.



rán presentados por triplicado, bajo plicas con lema, poniéndose la edad del autor junto al lema. Incluyendo fotocopia de documento acreditativo de la edad. Cada lema incluirá como máximo tres poemas.

### ☉ LIBROS SOBRE RUEDAS

Cierta tarde septembrina, un llamativo remolque azul y oro repleto de libros, revistas, discos compactos y videos apareció como caído del cielo en la explanada del Centro Cultural Universitario.

Estudiantes, artistas, espectadores de cine o teatro o simplemente curiosos se acercaron al vehículo. Poco después llegaron el Rector de nuestra Universidad, Dr. Francisco Barrés de Castro, el Coordinador de Difusión Cultural, Mtro. José de Santiago, y el Director de Literatura, Mtro. Ignacio Solares. Ellos explicaron qué hacía allí ese remolque, y a dónde se dirigía.

Porque en esa ceremonia sencilla, fue inaugurado y puesto en marcha el programa Libros sobre ruedas.

Libros sobre ruedas está dirigido a la comunidad universitaria, sobre todo a los estudiantes, académicos y empleados que asisten a centros de estudios alejados de la Ciudad Universitaria.

El programa pretende hacer llegar las novedades editoriales universitarias a la mayoría de los campus de la UNAM que se encuentran distribuidos a lo largo y ancho de la ciudad de México. Se otorgan descuentos importantes a los compradores, con el fin de vender gran número de libros.

El colorido vehículo ha generado un gran entusiasmo. Acompañan a las ediciones universitarias libros de las editoriales Fondo de Cultura Económica, Era, Alfaguara y Planeta, entre otras. A lo largo del ciclo escolar, este remolque visitará muchas preparatorias, CCHs, ENEPs y FES, escuelas y facultades.

Así que ya lo saben: esperen la visita del vistoso remolque a su centro de estudios, pues ahora la cultura, como un pasajero más, también viaja sobre ruedas.



## Integrantes del Grupo Galerías Mentales

Marcelo Balzaretti  
René Corona  
Jorge Borja

## Otros dibujantes

Pedro Arciniega María  
Carlos Arturo Tejeda  
Livma Zacarías  
Rosalie Dumont Gagné



• Nuestros  
ilustradores,  
egresados de la  
Escuela Nacional de  
Artes Plásticas

## • El Maleficio de la Mariposa

Del poeta Federico García Lorca, en su centenario. Versión y dirección de José Ramón Enríquez. Funciones: viernes/ 20:00, sábados/ 19:00, domingos/ 18:00 horas. Foro del Centro Universitario de Teatro. Centro Cultural Universitario. Insurgentes Sur 3000 (atrás de la Sala Nezahualcóyotl) estacionamiento Núm. 4.

# ¿Estudias en la Universidad?

¿Te gustan el cine, la música, los libros, la pintura, la escultura, el internet, el teatro, la danza y la cultura en general? ¿Te gustaría escribir sobre ello? Comunícate con nosotros. Esta es la revista en la que puedes dar a conocer tu opinión sobre esos temas, compartir tus ideas con numerosos lectores. La puerta permanece abierta en esta casa de la literatura.

**TEATRO**

OCTUBRE-DICIEMBRE

## pase individual

para funciones organizadas por la  
**Dirección de Teatro y Danza**

(Excepto funciones especiales o estrenos)  
Canjear en taquilla, treinta minutos, antes  
de la función

Válido de octubre a diciembre  
Informes: Departamento de Prensa  
Teléfonos: 6226203 y 6226209



CORTE AQUI